

Walter Benjamin

Infancia en Berlín hacia 1900

En *Infancia en Berlín hacia 1900*, Benjamin se embarca en una serie de relatos breves (no más de cuatro o cinco páginas cada uno), caracterizados por una gran densidad poética. A través de estas pequeñas piezas el autor caracteriza la ciudad que en 1892 lo viera nacer. Si bien no dejan de ser breves anécdotas sobre las plazas, el hogar, las calles, los libros, el tiovivo —episodios de la infancia que pueden parecer nimios en una primera lectura— la ternura de estas páginas no oculta el rico pensamiento subyacente en el cual se podrá reconocer al gran pensador.

Si bien lo hace desde los ojos del niño que una vez fue, Walter Benjamin está evocando una ciudad decadente en la antevíspera de la catástrofe, la Gran Guerra. Algunas décadas más tarde, durante la Segunda Guerra, el propio Benjamin terminaría su vida en el exilio, suicidándose mientras intentaba huir de la GESTAPO.



Walter Benjamin

Infancia en Berlín hacia 1900

ePub r1.3
Titivillus 29.03.2022

Título original: *Berliner Kindheit Um Neunzehnrundert*
Walter Benjamin, 1950
Traducción: Klaus Wagner

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



A mi querido Stefan.

«Oh, Columna Triunfal tostada
con azúcar de nieve
de los días de la infancia».

«Llegando tarde», «La despensa», «Escondrijos», «El tiovivo» y «Armarios» se publicaron por vez primera y de forma distinta en el libro *Calle de dirección única* (1928).

Tiergarten

Importa poco no saber orientarse en una ciudad. Perderse, en cambio, en una ciudad como quien se pierde en el bosque, requiere aprendizaje. Los rótulos de las calles deben entonces hablar al que va errando como el crujir de las ramas secas, y las callejuelas de los barrios céntricos reflejarle las horas del día tan claramente como las hondonadas del monte. Este arte lo aprendí tarde, cumpliéndose así el sueño del que los laberintos sobre el papel secante de mis cuadernos fueron los primeros rastros. No, no los primeros, pues antes hubo uno que ha perdurado. El camino a este laberinto, que no carecía de su Ariadna, iba por el Puente de Bendler, cuyo suave arco significaba para mí la primera ladera. A su pie, no lejos, se encontraba la meta: Federico Guillermo y la reina Luisa. En sus pedestales redondos se erguían sobre las terrazas, como encantados por mágicas curvas que una corriente de agua, delante de ellos, dibujara en la arena. Sin embargo, me gustaba más ocuparme de los basamentos que no de los soberanos, porque lo que sucedía en ellos, si bien confuso en relación con el conjunto, estaba más próximo en el espacio. El que hubiera algo especial en este laberinto lo comprendí desde siempre por la ancha e insignificante explanada, que no revelaba en nada que aquí, a pocos pasos del corso de los coches de plaza y carrozas, duerme la parte más insólita del parque. De ello percibí pronto una señal. Pues aquí, o a poca distancia, debía de haber tenido su lecho Ariadna, en cuya proximidad comprendí por vez primera, para no olvidarlo jamás, lo que sólo más tarde me fue dado como palabra: Amor. Sin embargo,

en su mismo origen surgió aquello de «señorita» que lo cubría como una fría sombra. Y así, este parque que parece abierto a los niños como ningún otro, para mí quedaba cerrado por algo difícil e imposible de realizar. Como sucede rara vez, distinguía los peces del estanque de las doradillas. ¡Cuántas cosas prometía por su nombre la Avenida de los Monteros del Rey y cuán poco cumplía! ¡Cuántas veces buscaba en vano el bosquecillo en el cual había un quiosco construido como con ladrillos de juguete, con torrecillas rojas, blancas y azules! ¡Con cuán pocas esperanzas renacía cada primavera mi afecto por el príncipe Luis Fernando, a cuyos pies florecían los primeros crocos y narcisos! Una corriente de agua que me separaba de ellos los hizo tan intocables como si hubiesen estado debajo de una campana de cristal. En esta frigidez debía de estribar la belleza de lo principesco, y comprendí por qué Luisa von Landau, con la que me reunía en la tertulia hasta que murió, había tenido la necesidad de vivir en el Lützowufer, casi enfrente de la pequeña maleza de cuyas flores cuidaban las aguas del canal. Más tarde descubrí nuevos rincones; sobre otros fui adquiriendo nuevos conocimientos. Pero ninguna muchacha, ninguna experiencia y ningún libro pudieron contarme nada nuevo sobre aquél. Por eso, cuando treinta años más tarde, un campesino de Berlín, conocedor de la tierra, cuidaba de mí al volver a la ciudad, tras larga y común ausencia, sus pasos cruzaban este jardín sembrando en él la semilla del silencio. Él se adelantó por los senderos, todos cuesta abajo. Bajaban, si no a los orígenes de todo ser, sí a los de este jardín. Al pasar por encima del asfalto sus pasos despertaron un eco. Las hierbas que se dibujaban sobre el empedrado arrojaron una luz confusa sobre este suelo. Las pequeñas escalinatas, los pórticos, los frisos y los arquitrabes de las villas del Tiergarten —por primera vez los vimos claramente—, sobre todo las escaleras que, con sus cristales, seguían siendo las mismas, aunque en el interior habitado habían cambiado muchas cosas. Aún recuerdo los versos que, al término de las clases, llenaban los intervalos de los latidos de mi corazón, cuando me detenía al subir por las escaleras. En la

penumbra los vi sobre un cristal, donde salía de la hornacina una mujer suspendida como la Madonna Sixtina, que sujetaba entre sus manos una corona. Levantando ligeramente con los pulgares las correas de la mochila que llevaba sobre mis hombros leí: «El trabajo es la honra del ciudadano, / la prosperidad el premio del esfuerzo». Abajo, la puerta volvió a cerrarse como el gemir de un fantasma que se recoge en la tumba. Puede que lloviera afuera. Una de las ventanas con cristal de colores estaba abierta, y al compás de las gotas continué subiendo las escaleras. De las cariátides, atlantes, angelotes y pomonas que me miraron entonces, preferí aquellos del linaje de los guardianes del umbral cubiertos de polvo, que protegen el paso a la vida o al hogar. Pues ellos entendían algo de la espera. Y les importaba poco aguardar a un extraño, el retomo de los antiguos dioses o al niño que hacía treinta años pasaba a hurtadillas con su mochila delante de sus pies. Bajo este signo, el antiguo Oeste[1] se hizo el Occidente de la antigüedad, de donde les viene a los navegantes el céfiro que hace remontar lentamente por el Landwehrkanal su barca con las manzanas de las Hespérides, para tomar puerto en la pasarela de Heracles. Y una vez más, como en mi infancia, Hidra y el león de Lerna tuvieron su lugar en los solitarios alrededores de la glorieta del Grosser Stern.

Panorama imperial

Debido al gran atractivo de las estampas de viaje que se encontraban en el Panorama Imperial, poco importaba con cuál de ellas se comenzara la visita. Como la pantalla con los asientos delante formaba un círculo, cada una iba pasando por todos los huecos, desde los cuales se veía, a través de sendas ventanillas, la lejanía de tenue colorido. Siempre se encontraba sitio. Y, particularmente, hacia el final de mi infancia, cuando la moda comenzaba a volver las espaldas a los panoramas imperiales, se acostumbraba uno a «viajar» con el recinto medio vacío. No había música en el Panorama Imperial, esa música que hacía que más tarde el viajar con las películas fuese algo fatigoso, porque corrompe la imagen de la que podría alimentarse la fantasía. Sin embargo, me parece que un pequeño efecto, en el fondo discordante, supera todo el encanto engañoso que envuelve los oasis en un ambiente pastoral o las ruinas en marchas fúnebres. Cuál no sería aquel tintineo que sonaba segundos antes de desaparecer bruscamente la imagen para dejar paso, primero a un vacío, y luego a la siguiente. Y cada vez que sonaba se embebían de un ambiente de melancólica despedida los montes hasta sus pies, las ciudades con sus ventanas relucientes, los indígenas pintorescos de tierras lejanas, las estaciones de ferrocarril con sus humaredas amarillas, los viñedos hasta en la más pequeña hoja de sus vides. Me convencí por segunda vez —pues la contemplación de la primera imagen suscitaba regularmente esta sensación— de que sería imposible apurar todas las delicias de una sola sesión. Y surgió el propósito,

jamás cumplido, de volver al día siguiente. Pero aún antes de decidirme por completo se estremecía toda la máquina, de la que estaba separado tan sólo por un tabique de madera; la imagen flaqueaba para desvanecerse acto seguido hacia la izquierda. Las artes que aquí perduraban aparecieron con el siglo diecinueve. No demasiado temprano, pero a tiempo para dar la bienvenida al romanticismo burgués. En 1838, Daguerre inauguró su Panorama en París. A partir de entonces, estas cajas relucientes, acuarios de lo lejano y del pasado, tienen su lugar en todos los corsos y paseos de moda. Allí, como en los pasajes y quioscos ocuparon a *snobs* y artistas antes de convertirse en cámaras, donde, en el interior, los niños hicieron amistad con el globo terrestre, de cuyos meridianos el más alegre, bello y variado cruzaba el Panorama Imperial. Cuando entré allí por vez primera, hacía tiempo que había pasado la época de las delicadas pinturas paisajísticas. Pero no se había perdido nada del encanto cuyo último público fueron los niños. Así, una tarde quiso persuadirme, a la vista de la imagen transparente de la villa de Aix, de que yo había jugado en la luz oliva que fluye a través de las hojas de los plátanos sobre el ancho Cours Mirabeau, en una época que nada tenía que ver con otros tiempos de mi vida. Pues esto era lo que hacía extraño aquellos «viajes»: el que los mundos lejanos no siempre fueran desconocidos y que las añoranzas que despertaban en mí no fueran siempre de las que hacen tentador lo desconocido, sino de las otras, más dulces, por regresar al hogar. Puede que fuera obra de la luz de gas que caía tan suavemente sobre todo. Y cuando llovía, no tenía que estar delante de los carteles donde figuraban puntualmente, a dos columnas, las cincuenta imágenes. Entraba y entonces encontraba en los fiordos y en las palmeras la misma luz que iluminaba mi pupitre por las noches, cuando hacía mis deberes, a no ser que un fallo del alumbrado produjera de repente aquella extraña penumbra en la que desaparecía el colorido del paisaje, que quedaba entonces oculto bajo un cielo color ceniza. Era como si hasta hubiera podido oír el viento y las campanas, si hubiese estado más atento.

Columna Triunfal

Se encontraba en medio de la ancha plaza, como la fecha impresa en rojo sobre el calendario de taco. Deberían de haberla arrancado el último Día de Sedán. Sin embargo, cuando yo era pequeño, no se concebía que hubiese un año sin el Día de Sedán. Después de Sedán no hubo más que desfiles. Por eso estuve con mi institutriz entre la multitud, cuando en mil novecientos dos Ohm Krüger, después de la perdida guerra de los bóers, recorrió la Calle de Tauentzien. Pues resultaba inimaginable no admirar a un señor que, con su chistera, estaba recostado sobre el asiento acolchado y que «había hecho una guerra». Así dijeron. A mí me pareció grandioso y al mismo tiempo poco formal, como si el hombre hubiese llevado consigo un rinoceronte o un dromedario, haciéndose famoso por ello. ¿Qué pudo haber después de Sedán? Con la derrota de los franceses, la Historia Universal parecía haber bajado a su glorioso sepulcro, sobre el cual esta columna se elevaba como estela funeraria y en el que desemboca la Avenida de la Victoria. Siendo alumno de tercer curso, subí las anchas gradas que conducían a los soberanos de mármol, no sin presentir de una manera confusa que más de una entrada privilegiada se me franquearía más tarde, al igual que estas escalinatas, y luego me dirigí a los dos vasallos que, a izquierda y derecha, coronaban la parte de atrás, ya que eran más bajos que sus soberanos y se dejaban examinar con más comodidad. Por otra parte, porque me satisfacía la certeza de saber a mis padres tan distantes de los poderosos del momento como lo fueron estos dignatarios de los

gobernantes de su época. Entre ellos preferí a aquel que salvaba a su manera el abismo entre alumno y hombre de Estado. Era un obispo que tenía en la mano la catedral de su jurisdicción y que aquí era tan pequeña que podría haberla construido con mis juegos de construcción. A partir de entonces no he dado con ninguna Santa Catalina sin que reparase en su rueda, con ninguna Santa Bárbara sin percatarme de su torre. No olvidaron explicarme de dónde procedía el adorno de la Columna Triunfal. Pero no comprendí exactamente qué había de particular en los cañones que lo componían: si los franceses entraron en la guerra con cañones de oro o si nosotros los fundimos con el oro que les habíamos quitado. Con ello me pasaba lo mismo que con un libro espléndido de mi propiedad, la *Crónica Ilustrada* de esta guerra, que tanto pesó sobre mí, porque nunca terminaba de leerlo. Me interesaba y era un experto en los planes de las batallas, pero, no obstante, la desgana que me causaba su cubierta impresa en oro iba en aumento. Menos soportable aún era el débil resplandor del oro del ciclo de los frescos de la rotonda que revestía la parte inferior de la Columna Triunfal. No pisé jamás este recinto iluminado por una luz amortiguada y reflejada por la pared del fondo; temí encontrar allí imágenes de la clase de los grabados de Doré sobre el «Infierno» de Dante, que jamás abrí sin pavor. Los héroes, cuyas hazañas dormitaban allí, en la galería, me parecían para mis adentros tan depravados como la multitud de aquellos que gemían azotados por huracanes, empalados en troncos sangrantes, congelados en bloques de hielo del oscuro cráter. De esta manera, la galería representaba el Infierno, justamente lo opuesto al círculo de la Gracia que rodeaba, arriba, la figura esplendorosa de la Victoria. Había días que la gente se estacionaba en lo alto. Delante del cielo, sus contornos negros semejaban figurines de pegatinas. ¿No tomaría acaso las tijeras y el cazo de la cola para repartir, una vez terminado el trabajo, las figuritas delante de los portales, detrás de los arbustos, entre las columnas o donde se me antojara? Las gentes, allá arriba, en la luz,

eran las criaturas de tan alegre capricho. Los envolvía un eterno domingo. ¿O acaso sería un Día de Sedán eterno?

Teléfono

Puede que sea por culpa de la construcción de los aparatos o de la memoria, lo cierto es que, en el recuerdo, los sonidos de las primeras conversaciones por teléfono me suenan muy distintos de los actuales. Eran sonidos nocturnos. Ninguna musa los anunciaba. La noche de la que venían era la misma que precede a todo alumbramiento verdadero. Y la recién nacida fue la voz que estaba dormitando en los aparatos. El teléfono era para mí como un hermano gemelo. Y así tuve la suerte de vivir cómo superaba, en su brillante carrera, las humillaciones de los primeros tiempos. Pues cuando ya habían desaparecido de las habitaciones exteriores las arañas, pantallas de estufa, palmeras, consolas y balaustradas, el aparato, cual mítico héroe que estuviera perdido en un abismo, dejó atrás el pasillo oscuro para hacer su entrada real en las estancias menos cargadas y más claras, habitadas ahora por una nueva generación. Para ella fue el consuelo de la soledad. A los desesperados que querían dejar este mundo miserable les enviaba el destello de la última esperanza. Compartía el lecho de los abandonados. Incluso llegaba a amortiguar la voz estridente que conservase desde su exilio, convirtiéndola en un cálido zumbido. Pues, ¿qué más había menester en lugares donde todos soñaban con su llamada o la esperaban temblando como el pecador? No muchos de los que hoy lo utilizan recuerdan aún qué destrozos causaba en aquel entonces su aparición en el seno de las familias. El ruido con el que atacaba entre las dos y las cuatro, cuando otro compañero de colegio deseaba hablar conmigo, era una señal de

alarma que no sólo perturbaba la siesta de mis padres, sino la época de la Historia en medio de la cual se durmieron. Eran corrientes las discusiones con las oficinas, sin mencionar las amenazas e invectivas que mi padre profería contra los departamentos de reclamaciones. Sin embargo, su verdadero placer orgiástico consistía en entregarse durante minutos, y hasta olvidarse de sí mismo, a la manivela. Su mano era como el derviche que sucumbe a la voluptuosidad de su éxtasis. A mí me palpitaba el corazón; estaba seguro que, en estos casos, era inminente que la funcionaria recibiera una paliza por castigo. En aquellos tiempos, el teléfono estaba colgado, despreciado y proscrito, en un rincón del fondo del corredor, entre la cesta de la ropa sucia y el gasómetro, donde las llamadas no hacían sino aumentar los sobresaltos de las viviendas berlinesas. Cuando llegaba, después de recorrer a tientas el oscuro tubo, apenas dueño de sí mismo, para acabar con el alboroto, y arrancando los dos auriculares que pesaban como halteras, encajando mi cabeza entre ellos, quedaba entregado a la merced de la voz que hablaba. No había nada que suavizara la autoridad inquietante con la que me asaltaba. Impotente, sentía cómo me arrebataba el conocimiento del tiempo, deber y propósito, cómo aniquilaba mis propios pensamientos, y al igual que el médium obedece a la voz que se apodera de él desde el más allá, me rendía a lo primero que se me proponía por teléfono.

Caza de mariposas

Salvo algunos viajes de verano, y antes de que yo fuera al colegio, ocupábamos todos los años diferentes residencias veraniegas en los alrededores. Durante mucho tiempo aún la espaciosa vitrina que colgaba de la pared de mi cuarto las evocaba, con las primeras piezas de una colección de mariposas, cuyos ejemplares más antiguos habían sido capturados en el jardín del Brauhausberg. Mariposas blancas con los extremos gastados, cleopatras con las alas demasiado deslucidas daban cuenta de las acaloradas persecuciones que tantas veces me habían apartado de los cuidados caminos del jardín, arrastrándome hacia las partes silvestres, donde me enfrentaba, impotente, a la confabulación del viento y de los perfumes, de las hojas y del sol, que posiblemente regían el vuelo de las mariposas. Revoloteaban hacia una flor y se quedaban por encima de ella. Alzando la red, esperaba que el hechizo que la flor parecía obrar en el par de alas consumase su efecto, cuando el delicado cuerpo se deslizaba con suaves movimientos de las alas hacia un lado para dar, igualmente inmóvil, sombra a otra flor y abandonarla de repente sin haberla tocado. Cuando una ortiguera o una esfinge del aligustre a las que hubiera podido alcanzar cómodamente, me burlaba, vacilando, titubeando y demorándose, me hubiera gustado convertirme en luz y aire para aproximarme inadvertido a la presa y reducirla. Y hasta tal punto se hacía real el deseo que cada vez que las alas que me tenían prendado se agitaban y mecían, era a mí a quien rozaba el aire haciéndome estremecer. Entonces empezaba a dominarnos la

antigua ley de cazadores: Cuanto más me asimilaba al animal en todo su ser, cuanto más me convertía interiormente en mariposa, tanto más adoptaba ésta en toda su conducta las facetas de la resolución humana, y parecía, finalmente, que su captura fuera el premio con el que únicamente podía recuperar mi existencia humana. Pero, aun cuando lo conseguía, me quedaba el fatigoso camino para volver del lugar de mi afortunada cacería al campamento, donde saldrían de la caja de herborista el éter, el algodón, alfileres con cabezas de colores diferentes y las pinzas. ¡En qué estado dejaba atrás el recinto! Las hierbas habían quedado tronchadas, las flores aplastadas, ya que, por añadidura, el cazador había lanzado su cuerpo detrás de la red. Y por encima de tanta destrucción, rudeza y violencia, se sostenía en un pliegue de la red, temblando pero llena de gracia, la asustada mariposa. Por este camino penoso, el espíritu de la condenada a muerte pasaba a formar parte del cazador. Ahora comprendía algunas de las leyes del extraño lenguaje en el que, delante de sus ojos, se habían comunicado la mariposa y las flores. Su instinto de matar había ido disminuyendo, en tanto que se acrecentaba el optimismo. Sin embargo, el aire en el que se mecía entonces aquella mariposa, continúa aún hoy preñado de una palabra que desde decenios no volví a oír ni la pronunciaron mis labios. Ha conservado lo inescrutable de lo que contienen las palabras de la infancia que le salen al paso al adulto. El haberlas silenciado durante largo tiempo las transfiguró. Así vibra, en el aire perfumado de mariposas, la palabra Brauhausberg. En el Brauhausberg, cerca de Potsdam, teníamos nuestra residencia veraniega. El nombre ha quedado vacío de todo significado, pues ya no posee nada de una fábrica de cerveza; en todo caso, es un monte envuelto en un color azul, que surgía en verano para albergarme a mí y a mis padres. Y por eso, el Potsdam de mi infancia yace en un aire azul, como si los antíopes o las vanesas atalantas, los pavos reales y las auroras estuvieran distribuidos sobre uno de los resplandecientes esmaltes de

Limoges, sobre cuyo fondo azul oscuro se destacan las almenas y murallas de Jerusalén.

Partida y regreso

¿Acaso la franja de luz debajo de la puerta del dormitorio no era la primera señal de un próximo viaje, en la víspera, cuando los demás todavía estaban levantados? ¿No penetraba esa misma franja de luz en la noche del niño llena de expectación, como, más tarde, bajo el telón en la noche del público? Creo que la nave fantástica de los sueños que nos recogía entonces llegaba bamboleándose hasta nuestras camas, por encima del ruido de las conversaciones y el tintineo de los platos en el fregadero, y por las mañanas temprano nos devolvía enfebrecidos, como si hubiésemos realizado ya el viaje que íbamos a emprender. Era un viaje en un ruidoso fiacre que rodaba a lo largo del Lanndwehrkanal; el corazón se me afligía, no ciertamente por lo que iba a suceder o por la despedida. Era más bien el aburrimiento de estar sentados juntos, que duraba y perduraba, no desvaneciéndose siquiera por el sabor de la partida, como lo hiciera un fantasma ante el amanecer, y que hacía que me invadiera la tristeza. Pero no por mucho tiempo. Pues cuando el coche había dejado atrás la avenida, mis pensamientos se adelantaban de nuevo ocupándose de nuestro viaje en tren. Desde entonces, para mí, las dunas de Koserow o de Wenningstedt llegan hasta la Invalidenstrasse, donde los demás no ven sino la masa de piedra de la Estación de Stettin. No obstante, de madrugada, la meta era más próxima, la mayoría de las veces. Se trataba de la Estación de Anhalt[2] que, como indica su nombre, era el paradero de todos los ferrocarriles, donde las locomotoras debían de tener su casa y los trenes su parada. No había lejanía más lejana

que el punto donde convergían los raíles en la niebla. También se alejaba lo próximo, lo que hasta hacía unos instantes me había rodeado. La casa se presentaba cambiada en el recuerdo. Con sus alfombras enrolladas, las arañas envueltas y cosidas en arpillera, las butacas cubiertas; con la media luz que se filtraba por las persianas dio lugar —a la hora que pusimos el pie en el estribo del coche de nuestro Exprés— a que esperásemos extrañas pisadas y silenciosos pasos que, arrastrándose tal vez pronto sobre el suelo dibujarían los rastros de los ladrones en el polvo que desde hacía una hora se estaba instalando pausadamente. Esto hacía que me sintiera como un apátrida cada vez que volvíamos de las vacaciones. Hasta la más perdida de las cuevas de algún sótano donde ya ardía la lámpara —que no había que encender— me parecía envidiable comparándola con nuestra casa que oscurecía en el Oeste. De ahí que a nuestro regreso de Bansin o de Hahnenklee, los cortijos me ofrecieran muchos humildes y tristes asilos. Pero luego la ciudad los absorbía de nuevo como si se arrepintiera de tanta complacencia. Y si el tren se demoraba algunas veces, parándose delante de ellos, era porque una señal cerraba la vía poco antes de que efectuara su entrada. Cuanto más lentamente se movía, más rápido se desvanecía la esperanza de escapar, detrás de los muros de fuego, de la cercana casa de mis padres. Sin embargo, todavía hoy tengo un vivo recuerdo de esos minutos que restan, antes de que todo el mundo se apee. Más de una mirada los habrá rozado tal vez de la misma manera que a las ventanas de los patios empotrados entre muros deteriorados, detrás de las cuales ardía alguna lámpara.

Llegando tarde

El reloj del patio del colegio parecía estar herido por mi culpa. Daba las «demasiado tarde». Y hasta el pasillo llegaba el murmullo de deliberaciones secretas procedentes de las puertas de las aulas que pasé rozando. Detrás de ellas profesores y alumnos eran amigos. O bien todo estaba en silencio, como si esperasen a alguien. Imperceptiblemente toqué el picaporte. El sol bañaba el lugar donde me encontraba. Así profané el joven día y entré. Nadie parecía conocerme. Como el diablo se quedó con la sombra de Peter Schlemihl[3], así el profesor se había quedado con mi nombre al comienzo de la clase. Ya no me tocaba el turno. Colaboraba en silencio hasta que dieron la hora. Pero todo fue en vano.

Mañana de invierno

Cada cual posee un hada que le tiene reservado un deseo por cumplir. Sin embargo, son pocos los que recuerdan el deseo que expresaran algún día, y sólo pocos reconocen más tarde en la vida el cumplimiento del mismo. Conozco el que se me cumplió y no puedo decir que fuera más inteligente que el de los niños del cuento. Tomaba forma en mi mente con la linterna, cuando ésta se acercaba a mi cama a las seis y media de las tempranas mañanas de invierno arrojando la sombra de la niñera sobre el techo. Se encendía el fuego en la estufa. Poco después veía la llama que parecía encerrada en un cajón demasiado pequeño, donde apenas podía moverse con tanto carbón. Sin embargo, era algo enormemente poderoso lo que empezaba a instalarse en la más cercana proximidad, más pequeño que yo, y hacia lo que la criada tenía que agacharse aún más que hacia mí mismo. Una vez atendido, ella metía una manzana en el horno para asarla. Pronto la rejilla de la chimenea se dibujaba con un llameante rojo sobre el suelo. Y a mi cansancio le parecía que con esta imagen tenía bastante para el día. Siempre era así a esta hora; sólo la voz de la niñera impedía que la mañana de invierno acabara de acostumbrarme a las cosas de mi cuarto como solía. Aún no se había subido la persiana cuando yo apartaba, por primera vez, el cierre de la puertecilla de la estufa para olfatear la manzana en el horno. Algunas veces su aroma apenas había cambiado aún. Y entonces esperaba pacientemente hasta que creía oler el perfume espumoso que salía de un rincón más profundo y recóndito de la mañana del invierno que el aroma

mismo del Árbol, el día de Navidad. Allí estaba el oscuro y caliente fruto, la manzana, que se me presentaba familiar y, no obstante, cambiado, como un buen conocido que hubiera salido de viaje. Era un viaje por el oscuro país del calor de la estufa, por el que había ido tomando los aromas de todas las cosas que el día me tenía preparado. Y por eso no tenía nada de extraño que vacilase en morderla, cuando calentaba mis manos en ella. Presentía que la fugaz nueva que transmitía con su aroma podía escapárseme fácilmente por el camino de la lengua. Era aquella nueva la que, en ocasiones, me animaba de tal manera que aún me consolaba en el camino hacia el colegio. Al llegar allí, todo el cansancio que parecía haberse disipado, volvía, incluso diez veces mayor, cuando tocaba el banco, y con él, el deseo de dormir a mi gusto. Tal vez lo tuviera miles de veces y, más tarde, se cumplió realmente. Pero tardé mucho, hasta que me di cuenta de que la esperanza de conseguir una posición y tener el pan asegurado siempre había sido vana.

Calle de Steglitz, esquina a Genthin

En las vivencias de los niños de aquella época imperaban todavía las tías que no salían ya de sus casas y que siempre que aparecíamos con nuestra madre a hacerles una visita nos habían estado esperando y, desde la ventana del mirador de siempre, sentadas en la mecedora de siempre, nos daban la bienvenida, vestidas siempre con la misma cofia negra y con el vestido de seda de siempre. Como hadas que animan todo un valle sin bajar jamás a él, ellas regentaban calles enteras, sin aparecer nunca por las mismas. Uno de estos seres era la tía Lehmann. Su buen apellido alemán del norte garantizaba su derecho a ser, durante una generación, la dueña del mirador bajo el que desemboca la calle de Steglitz en la de Genthin. Esta parte era de las que apenas sufrieron los cambios de los últimos treinta años. Únicamente se cayó en este tiempo el velo que me la ocultaba siendo niño. Pues no era todavía para mí la de Steglitz. El pájaro Stieglitz, el jilguero, le dio su nombre. ¿Y, acaso, la tía no vivía en una pajarera como un pájaro que habla? Siempre que entraba estaba llena de los trinos de este pequeño pájaro negro que había sobrevolado todos los nidos y cortijos de la Marca, donde en su origen estuvo asentada la familia, y que conservaba en la memoria los nombres de pueblos y parientes, que a menudo eran iguales. La tía conocía los parentescos, domicilios, golpes de fortuna y desgracia de todos los Schoenflies, Rawitscher, Landsberg, Lindenheim y Stargard, que en el pasado vivieron en la Marca de Brandeburgo y Mecklemburgo como tratantes de ganado y negociantes de trigo. Ahora, sus hijos, y

tal vez sus nietos, tenían sus casas en el antiguo Oeste, en calles que llevaban los nombres de generales prusianos o, a veces, los de los pequeños pueblos de los que salieron para establecerse aquí. Años más tarde, cuando mi tren expreso pasaba como un rayo por aquellos apartados lugares, vi desde el terraplén chozas, cortijos, graneros y tejados a dos aguas y me pregunté si eran aquéllos cuyas sombras habían abandonado hace tiempo los padres de estas viejecitas que visitaba siendo niño. Una voz frágil y quebradiza me daba los buenos días con un timbre cristalino. Sin embargo, en ninguna otra parte era tan exquisito y acorde con lo que me esperaba como en casa de la tía Lehmann. Apenas había entrado cuando ella cuidaba de que colocaran delante de mí una caja grande de cristal que albergaba toda una mina animada, donde se movían al compás puntual de un mecanismo de relojería pequeños mineros y capataces de minas con carros, martillos y linternas. Este juguete —si se me permite decirlo— pertenecía a una época que concedía también al niño de la rica burguesía echar un vistazo al mundo del trabajo y de las máquinas. Entre todos se distinguía desde siempre la mina, porque no sólo mostraba los tesoros que se sacaban con un duro trabajo, en provecho de todos los hombres capacitados, sino también la plata de sus filones por la que se perdió el Biedermeier[4] con Jean Paul, Novalis, Tieck y Werner. El piso con el mirador estaba doblemente protegido, como corresponde a lugares que guardan esas cosas preciosas. Traspasando el portal se encontraba, a la izquierda del zaguán, la puerta del piso con el timbre. Después de franquearla había una escalera empinada y vertiginosa que conducía hacia arriba, parecida a las que más tarde encontraría únicamente en algunas casas de campo. Bajo triste luz de gas que fluía desde arriba estaba la vieja criada bajo cuya protección cruzaba en seguida el segundo umbral que conducía a esa sombría vivienda. Con todo, no hubiera podido imaginármela sin una de esas viejas. Como compartían con su señora un tesoro, aunque éste no fuera sino de recuerdos silenciados, no sólo se entendían a la perfección con ella, sino que sabían representarla

con todo decoro ante cualquier extraño. Y ante nadie mejor que ante mí, con quien se entendían casi mejor que con su señora. Yo, a cambio, tenía para con ellas miradas de respeto y hasta de admiración. Eran, por lo general, más macizas e imponentes que sus señoras; no sólo en lo que respecta a su físico. Y ocurría, a veces, que el salón con el juguete de la mina o con el chocolate, no me significasen tanto como el vestíbulo donde la vieja ama me quitaba, al llegar, el abrigo como si fuese una carga y, cuando me iba, me colocaba el gorro como si quisiese bendecirme.

La despensa

Cual un amante, por la noche, mi mano penetraba por la rendija apenas abierta de la despensa. Una vez que se había orientado, palpaba el azúcar o las almendras, pasas o confituras. Y como el amante abraza a la amada antes de besarla, el sentido del tacto se daba cita con esas cosas, antes de que la boca probara su dulzor. ¡Cuán lisonjeros se entregaban la miel, los montones de pasas e incluso el arroz! ¡Cuánta pasión había en el encuentro, una vez que se escapaban de la cuchara! Agradecida e impetuosa, como la muchacha a la que se acaba de raptar de la casa de sus padres, la mermelada de fresa se dejaba probar sin panecillos, desnuda bajo los cielos de Dios, e incluso la mantequilla respondía con cariño al atrevimiento del pretendiente que penetraba en su cuarto de soltera. La mano del joven don Juan pronto había entrado en todos los ángulos y rincones, derramando detrás de sí capas y montones chorreantes: la virginidad que se renueva sin lamentaciones.

Despertar del sexo

En una de aquellas calles que más tarde rondaría por las noches en mis interminables andadas, que nunca se acabaron, me sorprendió, cuando hubo llegado el momento, el despertar del instinto sexual en las circunstancias más extrañas. Era el día del año nuevo judío, y mis padres habían dispuesto llevarme a la celebración de uno de los cultos. Probablemente se trataba de la comunidad reformada, por la que mi madre, debido a la tradición familiar, sentía cierta simpatía, en tanto que mi padre por su familia estaba acostumbrado al rito ortodoxo. Pero hubo de ceder. Me habían confiado este día a un pariente lejano, al que debía recoger. Puede que olvidara la dirección o que no me orientase en el barrio, el hecho es que se hacía más y más tarde e iba errando cada vez más desesperado. No era cuestión de si me atrevería a entrar yo solo en la sinagoga, ya que las entradas las tenía mi protector. La culpa de mi mala suerte la tenía principalmente la aversión a la persona casi desconocida de la que yo dependía, y el recelo frente a la ceremonia religiosa que no me prometía sino desconcierto y apuro. En medio de mi confusión me invadió una sofocante ola de miedo —«demasiado tarde para llegar a la sinagoga»— y aún antes de que decreciera, incluso en el mismo instante, una segunda de absoluta falta de conciencia «sea como sea, a mí no me concierne». Y ambas olas se golpearon incontenibles en la primera gran sensación de placer, en la que se mezclaban la profanación de la fiesta con lo que de alcahueta tenía la calle, que me hizo presumir,

por vez primera, los servicios que debería prestar a los instintos que acababan de despertarse.

Noticia de un fallecimiento

Se ha descrito muchas veces lo «déjà vu». No sé si el término está bien escogido. ¿No habría que hablar mejor de sucesos que nos afectan como el eco, cuya resonancia, que lo provoca, parece haber surgido, en algún momento de la sombra de la vida pasada? Resulta, además, que el choque con el que un instante entra en nuestra conciencia como algo ya vivido, nos asalta en forma de sonido. Es una palabra, un susurro, una llamada que tiene el poder de atraernos desprevenidos a la fría tumba del pasado, cuya bóveda parece devolver el presente tan sólo como un eco. Es curioso que no se haya tratado todavía de descubrir la contrafigura de esta abstracción, es decir del choque con el que una palabra nos deja confusos, como una prenda olvidada en nuestra habitación. De la misma manera que ésta nos impulsa a sacar conclusiones respecto a la desconocida, hay palabras o pausas que nos hacen sacar conclusiones respecto a la persona invisible: me refiero al futuro que se dejó olvidado en nuestra casa. Puede que tuviera cinco años, cuando una noche, estando ya acostado, entró mi padre, probablemente para darme las buenas noches. Pienso que fue casi contra su voluntad que me comunicara la noticia de la muerte de algún primo. Era un hombre ya entrado en años que no me interesaba demasiado. No obstante, mi padre me dio la nueva con todo lujo de detalles. A mi pregunta, describió con gran prolijidad lo que es un paro cardíaco. No fue mucho lo que comprendí de su relato. Sin embargo, aquella noche grabé en la memoria mi habitación y mi cama, como quien se fija en el lugar al que se

supone ha de volver algún día para buscar algo olvidado. Sólo muchos años más tarde me enteré de qué se trataba. En esta habitación mi padre me había ocultado parte de la noticia, y es que el primo había muerto de sífilis.

El mercado de la Plaza de Magdeburgo

Ante todo, piénsese que no se decía Markt-Halle. No, se pronunciaba «Mark-Thalle». Y al igual que esas dos palabras se desgastaron por el uso del habla, de manera que ninguna de ellas conservaba su significado primitivo, así, por la costumbre de pasearme por ese mercado, se desgastaron las imágenes que presentaba, de modo que ninguna se prestaba al primitivo concepto de la compra y de la venta. Después de dejar atrás el vestíbulo con sus pesadas puertas, que giraban en forma de fuertes espirales, la vista se fijaba en las baldosas resbaladizas por las aguas sucias procedentes de los fregaderos o de los puestos de pescado, y en las cuales se podía resbalar fácilmente al pisar zanahorias u hojas de lechuga. Detrás de unas alambreras, cada una provista de un número, ocupaban sus tronos las pesadas mujeronas, sacerdotisas de la venal Ceres, vendedoras de toda clase de frutos del campo, aves, pescados, mamíferos comestibles; medianeras, colosos sagrados metidos en punto de lana, que se comunicaban de un puesto a otro, ya fuera mediante los grandes botones fulgurantes, ya fuera con unas palmadas en sus delantales, o con unos suspiros que hacían crecer sus senos. ¿Acaso no había algo que gorgoteaba, brotaba, crecía por debajo del dobladillo de sus faldas? ¿No era aquello la tierra verdaderamente fértil? ¿No era, acaso, el dios mismo del mercado quien arrojaba la mercancía en su seno, bayas, crustáceos, setas, pedazos de carne y coles, y cohabitaba

invisible con ellas, que se le entregaban, mientras que, apoyándose perezosas en toneles o sosteniendo las balanzas, con las cadenas aflojadas entre las rodillas, examinaban las filas de amas de casa que, cargadas de bolsas y mallas, trataban de surcar, con dificultades, en medio de la turba, las calles resbaladizas y malolientes? Luego, cuando, a media luz, se cansaba uno, iba hundiéndose cada vez más, como un nadador agotado, y finalmente flotaba en la tibia corriente de los clientes mudos que, como peces, miraban fijamente los arrecifes espinosos, en los que náyades fofas llevaban una vida regalada.

Escondrijos

Ya conocía todos los escondrijos del piso y volvía a ellos como quien regresa a una casa estando seguro de encontrarla como antes. Mi corazón palpitaba, contenía la respiración. Quedaba aquí encerrado en el mundo material, que se me hacía manifiesto de una manera fantástica, tocándome silenciosamente. Sólo así debe darse cuenta el que van a colgar de lo que son la soga y el madero. El niño que está detrás de la antepuerta se convierte en algo que flota en el aire, en algo blanco, en fantasma. A la mesa del comedor, debajo de la que se ha agachado, la hace convertirse en ídolo de madera del templo, cuyas columnas son las cuatro patas torneadas. Y detrás de una puerta él mismo será la puerta, llevándola como máscara pesada, y como mago embrujará a todos los que entren desprevenidos. A ningún precio debe ser hallado. Se le dice, cuando hace muecas, que sólo es preciso que el reloj dé la hora, y él se quedará así. Lo que hay de verdad en ello lo experimenté en los escondrijos. Quien me descubría podía hacer que me quedara inmóvil como un ídolo debajo de la mesa, que me entretejiera para siempre como fantasma en la cortina o que me encerrara para toda la vida en la pesada puerta. Por eso dejaba escapar con un alarido al demonio que de esta manera me transformaba, cuando me agarraba quien me estaba buscando; incluso no esperaba el momento y salía hacia él gritando, con lo cual me liberaba a mí mismo. De ahí que no me cansara de la lucha con el demonio. La casa fue el arsenal de las máscaras. Sin embargo, una vez al año había regalos en los lugares recónditos, en sus cuencas vacías, en

sus bocas rígidas; la experiencia de la magia se convertía en ciencia. Como si fuese el ingeniero, desencantaba la sombría casa y buscaba huevos de Pascua.

El señor Knoche y la señorita Prudent

Entre las postales de mi colección había algunas de las que recuerdo mejor la parte del texto que el lado de la imagen. Llevaba la bella y clara firma: Elena Prudem. La P con que empezaba era la P de pundonor, puntualidad, pelota; la D significaba dócil, diligente, decoroso, y por lo que respecta a la M al final resultaba ser el signo de manso y meritorio[5]. Si se hubiese compuesto únicamente de consonantes, como las semíticas, esta firma no sólo hubiese sido la encarnación de la perfección caligráfica, sino la fuente de todas las virtudes.

Niños y niñas de las mejores familias del barrio burgués del Oeste estaban en la clase de la señorita Prudem. No eran muy rigurosos sobre el particular, de modo que incluso una chica de la nobleza podía perderse en el grupo de los burgueses. Se llamaba Luisa von Landau y su nombre pronto me tuvo fascinado. Se quedó aunque no por esa razón. Fue, antes que nada, el primero entre los de mi misma edad en el que oí caer el acento de la muerte. Sucedió cuando, después de salir de nuestro grupo, era alumna del primer curso del Instituto. Y cuando pasaba por el Lützowufer siempre buscaba con la mirada su casa. Se daba la circunstancia de que se encontraba enfrente de un pequeño jardín que, en la otra orilla, bajaba hasta el agua. Con el tiempo se unió tan íntimamente con el amado nombre que, finalmente, llegué a convencerme de que el cuadro de flores que aparecía intocable enfrente era el cenotafio de la pequeña fallecida.

La señorita Prudem fue relevada por el señor Knoche. A partir de entonces fui realmente al colegio. Lo que sucedía en el aula me repugnaba, por lo general. Sin embargo, no es por uno de sus castigos por lo que el señor Knoche me viene a la memoria, sino por su función de vidente que predice el futuro; y no le sentaba mal. Era en la clase de canto. Se ensayaba la canción de la caballería del Wallenstein:

¡Arriba, compañeros, a caballo, a caballo!
¡Corramos al campo, en pos de la libertad!
En el combate, el hombre aún importa
y todavía se valora el corazón.

El señor Knoche quería que la clase le dijera lo que debía significar el último verso. Naturalmente, nadie supo dar una respuesta. No obstante, al señor Knoche le parecía bien así y declaró: «Lo comprenderéis cuando seáis mayores».

En aquella época la orilla del ser adulto me parecía separada de la mía por el cauce de muchos años, como aquella orilla del Canal desde donde se veía el cuadro de flores y que durante los paseos, llevado de la mano de la niñera, jamás se pisaba. Más tarde, cuando nadie me imponía el camino a tomar y cuando comprendía incluso la canción de la caballería, pasaba a veces cerca del cuadro de flores en el Landwehrkanal. Pero entonces parecía florecer menos. Y del nombre que antaño habíamos convenido tampoco sabía más que lo que aquel verso de la canción de la caballería, ahora que lo comprendía, contenía del significado que nos había profetizado el señor Knoche en la clase de canto. La tumba vacía y el corazón dispuesto, dos enigmas, cuya explicación la vida seguirá debiéndome.

La nutria

Con los animales del Zoológico me pasaba lo mismo que le sucede a uno con su vivienda y el barrio donde vive, y que le proporciona una idea de su naturaleza y de su modo de ser. Desde los avestruces delante de un fondo de esfinges y pirámides hasta el hipopótamo que vive en su pagoda cual sacerdote hechicero que está a punto de fundirse con el propio demonio al que sirve, no había animal cuya morada no amase o temiese. Los más extraños entre ellos fueron los que tenían algo especial por la situación de su hogar, que eran, la mayoría, habitantes de las partes periféricas del parque, es decir, de aquellas partes que lindan con las cafeterías y el Palacio de Exposiciones. El más notable de los habitantes de esos parajes era la nutria. De las tres entradas, la de la Lichtensteinbrücke era la más próxima. Era, con mucho, la menos usada y conducía a las regiones más solitarias del parque. La avenida que allí esperaba al visitante se parecía, con las tulipas blancas de las farolas, a uno de los paseos abandonados de Eilsen o Bad Pyrmont, y mucho antes de que estos lugares quedaran tan desiertos que resultan más antiguos que las Termas, este rincón del Zoológico anunciaba lo venidero. Era un rincón profético. Pues, al igual que hay plantas de las cuales se dice que poseen el don de hacer ver el futuro, existen también lugares que tienen la misma facultad. En su mayoría son lugares abandonados, como copas de árboles que están junto a los muros, callejones sin salida, jardines delante de las casas donde jamás persona alguna se detiene. En esos lugares parece haber pasado todo lo que aún nos espera.

Sucedía en aquella parte del Zoológico, siempre que me perdía por ahí, que tuviera el placer de mirar por el brocal del pozo que estaba allí, un poco como los que se encuentran en el centro de los parques de los balnearios. Era el recinto de la nutria, que estaba cercado, por cierto, ya que fuertes barrotes formaban un enrejado en el antepecho de la piscina en la que se encontraba el animal. Unos pequeños refugios en forma de rocas y grutas bordeaban, en el fondo, el óvalo de la piscina. Debían de ser la morada del animal; sin embargo, no lo encontraba jamás dentro de ellas. Así que permanecía a menudo esperando incansablemente delante de aquella profundidad oscura e inescrutable con el fin de descubrir en alguna parte a la nutria. Si lo conseguía por fin, sólo era por un momento, ya que al instante el morador resplandeciente de la alberca volvía a desaparecer en las oscuras aguas. Por cierto, y a decir verdad, no era en una alberca donde se tenía a la nutria. No obstante, mirando las aguas, tenía siempre la sensación de que la lluvia desaguaba por todos los sumideros con el único fin de desembocar en esta piscina y alimentar el animal que en ella vivía. Era un animal delicado el que tenía aquí su morada, y la gruta vacía y húmeda le servía más de templo que de refugio. Era el animal sagrado de las aguas de la lluvia. Sin embargo, no hubiera podido decir si se había formado de las aguas, fueran las de la alcantarilla o no, o si sus ríos y corrientes únicamente le alimentaban. Siempre estaba ocupadísimo, como si fuera indispensable en las profundidades. No obstante, hubiera podido apretar durante días y días la frente contra la reja sin cansarme de mirarlo. También en esto se manifestaba su íntima afinidad con la lluvia. Pues nunca me gustaba tanto el día, por largo que fuera, como cuando la lluvia le peinaba lentamente durante horas y minutos con sus dientes finos y rudos. Obediente como una niña pequeña, yo agachaba la cabeza ante este peine gris. Y entonces lo contemplaba insaciablemente. Esperaba; pero no que cesara, sino al contrario, que cayera cada vez con mayor intensidad. Oía cómo golpeaba las ventanas, cómo fluía por los canalones y desaparecía con gargarismos por los tubos

del desagüe. En esta lluvia saludable me sentía totalmente a salvo. El futuro se me aproximaba con un murmullo comparable a la nana que se canta junto a la cuna. Comprendí perfectamente que se crece en la lluvia. En tales momentos, tras la ventana empañada, me sentía como en casa de la nutria, aunque no reparé en ello hasta que no estuve otra vez ante su recinto cercado. Y una vez más tuve que esperar largo tiempo hasta que surgió con ímpetu el cuerpo oscuro y reluciente para volver a sumergirse acto seguido en busca de sus urgentes negocios.

Blumeshof 12

No había timbre que sonara más amable. Detrás del umbral de este piso estaba más a salvo que en el de mis propios padres. Por cierto, no se decía Blumes-Hof, sino Blumezoof, y era una gigantesca flor de felpa, metida en un envoltorio rizado, que me daba en la cara. En su interior estaba sentada mi abuela, la madre de mi madre. Era viuda. Si se visitaba a la anciana dama en su mirador cubierto de alfombras y adornado con una pequeña balaustrada que daba al Blumeshof, difícilmente se podía creer que hubiera realizado largos cruceros e incluso expediciones al desierto organizadas por «Viajes Stangen», a las que se unía siempre desde hacía algunos años. La Madona di Campidoglio y Brindisi, Westerland y Atenas y de donde quiera que mandase tarjetas en sus viajes: en todas ellas existía el aire del Blumeshof. Y la letra de grandes y agradables rasgos que envolvía la parte inferior de las estampas o que cubría cual nubes su cielo, las mostraba totalmente animadas por mi abuela, de tal manera que se convertían en colonias del Blumeshof. Cuando la patria la recibía de nuevo, yo pisaba las tablas del entarimado del suelo con tanto respeto como si hubiesen bailado junto a su dueña sobre las olas del Bósforo o como si en las alfombras persas se ocultase todavía el polvo de Samarcanda. ¿Con qué palabras se podría describir la sensación desconocida de seguridad burguesa que emanaba de esta vivienda? Los objetos de sus muchas habitaciones hoy no harían honor a ningún baratillero. Por muy sólidos que fueran los productos de los años setenta, como posteriormente lo serían los del Art

Nouveau, lo inconfundible en ellos era el descuido al que se abandonaban las cosas en el transcurso del tiempo, confiándose, en lo que respecta a su porvenir, a la solidez del material, y no en modo alguno al cálculo racional. Para la miseria no había sitio en estas estancias, donde ni siquiera lo tenía la muerte. En ellas no había sitio para morirse. Por eso sus moradores morían en los sanatorios; los muebles, en cambio, pasaron en la primera transmisión hereditaria a manos del trapero. Para ellos no estaba prevista la muerte. Por eso aquellas casas durante el día parecían acogedoras y de noche se convertían en escenario de malos sueños. La escalera que subía resultaba ser la sede de una pesadilla que, al principio, hacía que mis miembros se volvieran pesados y sin fuerzas, para encantarme finalmente, cuando sólo faltaban unos pocos pasos hasta el umbral anhelado. Tales sueños eran el precio con el que pagaba mi sosiego. Mi abuela no murió en el Blumeshof. Frente a ella vivió durante largo tiempo la madre de mi padre, que era ya mayor. También ella murió en otra parte. Así, aquella calle llegó a ser para mí el Eliseo, el reino de las sombras de mis abuelas inmortales, aunque desaparecidas. Y puesto que a la fantasía, una vez que echa el velo sobre el lugar, le gusta rizar sus bordes con unos caprichos incomprensibles, convirtió una tienda de ultramarinos, que se encontraba cerca, en monumento a mi abuelo que era comerciante, por la única razón de que el propietario se llamaba también Jorge. El retrato de medio cuerpo del que falleciera antes de tiempo, de tamaño natural y haciendo juego con el de su mujer, estaba colgado en el pasillo que conducía a las partes más apartadas de la casa. Diferentes circunstancias las volvían a la vida. La visita de una hija casada abría una habitación que hace tiempo no se utilizaba, otro cuarto interior me recogía a mí cuando los mayores dormían la siesta, y había un tercero del cual salía el ruido de la máquina de coser los días que una costurera venía a la casa. Para mí, la más importante de esas estancias era la galería, fuera porque los mayores la apreciaban menos por estar amueblada más modestamente, fuera porque el ruido de la calle subía amortiguado,

fuera porque me franqueaba la vista sobre patios ajenos con porteros, niños y organilleros. Por otra parte, el barrio era distinguido y la vida de sus patios no estaba nunca muy movida; algo del sosiego de los ricos, para los cuales se llevaban a cabo trabajos en ese lugar, se había comunicado a éstos, y todo parecía dispuesto a abandonarse de repente a una profunda paz dominical. Por eso mismo, el domingo era el día de las galerías. El domingo, al que las otras habitaciones, como si estuvieran en mal estado, no pudieron captar nunca del todo, pues se filtraba a través de ellas. Únicamente la galería, que daba al patio y a las otras galerías, con sus barras para sacudir alfombras, lo captó y ninguna de las vibraciones de las campanadas con las que las iglesias de los Doce Apóstoles y de San Mateo la colmaban, se deslizaba, sino que se quedaban amontonadas allí arriba. Las habitaciones del piso no sólo eran numerosas, sino que algunas de ellas eran muy vastas. Para darle los buenos días a la abuela en su mirador, donde al lado del costurero encontraba frutas o chocolate, tenía que atravesar el gigantesco comedor y cruzar seguidamente la habitación donde estaba aquel mirador. Sin embargo, sólo el día de Navidad ponía de manifiesto para qué servían estas habitaciones. El comienzo de la gran fiesta creaba todos los años unas extrañas dificultades. Se trataba de las largas mesas que estaban repletas, en función del reparto de los regalos, debido al número de los agasajados. Se obsequiaba no sólo a la familia en todas sus ramas, sino que también la servidumbre tenía su sitio debajo del Árbol y, al lado de la activa, también la antigua ya jubilada. Por muy próximos que estuviesen por ello los asientos, jamás se podía estar a seguro de pérdidas inesperadas de terreno, cuando, a medio día, al final del gran banquete, se servía todavía a algún antiguo factótum o a algún niño del portero. No obstante, la dificultad no radicaba en eso, sino en la puerta de dos hojas que se abría al comienzo. En el fondo de la gran sala brillaba el Árbol. En las largas mesas no había sitio que no invitase al menos con un plato de mazapán y sus ramas de abeto, además de los muchos juguetes y libros. Más valía no

comprometerse demasiado. Me hubiera podido estropear el día estando de acuerdo precipitadamente con los regalos que luego, por derecho, pasaran a ser propiedad de otros. Para evitarlo, me quedaba inmóvil en el umbral, con una sonrisa en los labios, de la cual nadie hubiese podido decir si era provocada por el resplandor del Árbol o por los regalos destinados para mí, a los que no me atrevía a acercarme, embargado por la emoción. Pero quizás había otro motivo que era más profundo que las razones fingidas e incluso más auténtico por ser el mío personal. Pues allí los regalos pertenecían todavía un poco más a los que los hacían que no a mí mismo. Eran frágiles; grande era el miedo de tocarlos con torpeza delante de los ojos de todo el mundo. De nuestros nuevos bienes sólo podíamos estar totalmente seguros fuera, en el vestíbulo, donde la criada los envolvía en papel de embalar y su forma desaparecía en paquetes y cajas para dejarnos en su lugar la garantía de su peso. Esto ocurría horas más tarde. Luego, cuando salimos al crepúsculo con las cosas bien envueltas y atadas bajo el brazo, el coche de alquiler estaba esperando en la puerta, la nieve pura en las cornisas, sobre las vallas y más deslustrada sobre el adoquinado, cuando se comenzaba a oír desde el Lützowufer el tintineo de los trineos y se encendían uno tras otro los faroles de gas marcando el rumbo del farolero, quien tuvo que echarse al hombro su pértiga incluso en la tarde de esta dulce fiesta, entonces la ciudad estaba abismada como un saco que se me hacía pesado a causa de mi felicidad.

Mummerehlen

En un antiguo cántico figura la «Muhme Rehlen». Como «Muhme» no me decía nada, esa criatura se convirtió para mí en un espectro, la «Mummerehlen». La mala comprensión me transformaba el mundo, aunque de buena manera, ya que me señalaba el camino que conducía a su propia esencia y naturaleza. Para ello cualquier motivo era válido.

Así dio la casualidad que en una ocasión se hablase de grabados en mi presencia. Al día siguiente saqué la cabeza debajo de la silla, y eso para mí significaba «grabado[6]». Aunque desfigurase con esto a mí mismo y a la palabra, no hacía sino lo que debía para arraigarme en la vida. A tiempo aprendí a envolverme en las palabras, que no eran más que nubes. El don de descubrir parecidos no es más que un débil reflejo de la sugestión de asimilarse y comportarse de una manera conforme. Influía sobre mí a través de palabras manipuladas, pero no eran ésas las que se asemejaban a modelos o moralidades, sino las que correspondían a viviendas, muebles y vestimentas.

Pero jamás a mi propia imagen. Por eso no sabía qué hacer cuando se me pedía identificarme conmigo mismo. Como sucedía en el fotógrafo. Adonde quiera que mirase me veía cercado por pantallas, cojines, pedestales que me codiciaban como las sombras del Hades codician la sangre de la víctima. Por último, me sacrificaban a una vista de los Alpes toscamente pintada, y mi mano derecha, que tenía que sujetar un sombrerito tirolés, proyectaba su sombra sobre las nubes y las cimas cubiertas de nieve perpetua del

fondo. Sin embargo, la sonrisa afectada que se asomaba a los labios del pequeño pastor de los Alpes no resultaba tan triste como la mirada del rostro infantil que se me grababa a la sombra de la palmera. Ésta formaba parte de uno de aquellos estudios que tienen algo de salón y de cámara de tortura, con sus taburetes, trípodes, tapices y caballetes. Estoy de pie, la cabeza descubierta, en la mano izquierda un enorme sombrero de ala ancha al que sujeto con estudiada gracia. La derecha se ocupa de un bastón, cuya empuñadura inclinada puede verse en el primer plano, en tanto que la punta se esconde en un ramillete de plumas de avestruz que desciende de una jardinera. Muy apartada, junto a la antepuerta estaba mi madre, inmóvil, con el vestido muy entallado. Como un maniquí mira mi traje de terciopelo, a su vez recargado de pasamanerías, que parece proceder de una revista de moda. Yo, en cambio, estoy desfigurado por la uniformidad con todo lo que me rodea. Como un molusco vive en la concha, vivo en el siglo XIX que está delante de mí, hueco como una concha vacía. La coloco al oído.

¿Qué es lo que oigo? No escucho el ruido de los cañones, ni la música de Offenbach, ni tampoco el silbido de las sirenas de las fábricas, ni los gritos que a mediodía resuenan por la Bolsa, ni siquiera el ruido acompasado de los caballos en los adoquines, ni la música de las marchas militares del cambio de la guardia. No, lo que escucho es el breve estruendo de la antracita que de un cubo de hojalata va cayendo en la estufa de hierro; es el chasquido sordo con que la llama de la mecha de gas se enciende y el tintineo de los globos de la lámpara sobre las llantas de latón cuando pasa un carruaje por la calle. Había también otros ruidos, como el chacolotear de la cesta con las llaves, los dos timbres, el de la escalera principal y el de servicio, y, por último, había también el breve verso que decía: Te voy a contar algo de la «Mummerehlen».

El pequeño verso está deformado; sin embargo, en él cabe todo el mundo desfigurado de la infancia. La «Muhme Rehlen», la que encerraba antaño había quedado en el olvido, cuando por vez

primera me lo explicaron. Más difícilmente aún se podía seguir el rastro de la «Mummerehlen». A veces creía reconocerla en el mono que nadaba en el fondo del plato de caldo turbio de tapioca o cebada perlada. Me comía la sopa para esclarecer su imagen. Puede que morase en el lago de Mummel[7] y sus aguas inertes la cubriesen como si fueran una pelerina. Lo que me referían de ella o, quizás, sólo querían contarme, no lo sé. Era lo mudo, lo movedizo, lo borroso que va nublando el centro de las cosas dentro de pequeñas bolas de cristal. A veces yo flotaba en medio. Ocurría cuando estaba dibujando con tinta china. Los colores que mezclaba, me teñían. Aún antes de aplicarlos me envolvían. Cuando, húmedos, se confundían sobre la paleta, los recogía con el pincel con tanto cuidado como si fuesen unas nubes que se desvanecen.

De todo lo que reproducía, preferí la porcelana china. Una capa multicolor cubría esos floreros, recipientes, platos y cajitas que ciertamente no eran sino una mercancía barata de exportación. Me fascinaban, no obstante, como si ya entonces hubiese conocido la historia que después de tantos años me llevó una vez más al mundo de la «Mummerehlen». Procede de la China y cuenta de un pintor que dejó ver a los amigos su cuadro más reciente. En el mismo estaba representado un parque, una estrecha senda cerca del agua que corría a través de una mancha de árboles y terminaba delante de una pequeña puerta que, en el fondo, franqueaba una casita. Cuando los amigos se volvieron al pintor, éste ya no estaba. Estaba en el cuadro, caminando por la estrecha senda hacia la puerta; delante de ella se paró, se volvió, sonrió y desapareció por la puerta entreabierta. De la misma manera me encontraba yo, traspuesto de repente en el cuadro, cuando me ocupaba de botes y pinceles. Me parecía a la porcelana, en la que hacía mi entrada sobre una nube de colores.

Los colores

En nuestro jardín había un pabellón abandonado amenazando ruina. Le tenía cariño por sus ventanas de cristales coloreados. Si pasaba la mano en su interior me iba transformando de cristal a cristal, tomando los colores del paisaje que se veía en las ventanas, ahora llameante, ahora polvoriento, ya ardiente, ya exuberante. Lo mismo me sucedía cuando pintaba en colores y se me abrían las cosas en su seno, tan pronto que las llenaba con una nube húmeda. Con las pompas de jabón ocurría algo parecido. Viajaba con ellas por la habitación metiéndome en el juego de los colores de los globos hasta que reventaban. Me perdía en los colores por lo alto del cielo, lo mismo que en una joya, en un libro; pues en todas partes los niños son su presa. En aquella época se podía comprar el chocolate en unos paquetitos, en los que cada una de las tabletas, dispuestas en forma de cruz, estaba envuelta en papel de estaño de diferentes colores. La pequeña obra de arte, sujetada por un rudo hilo de oro, resplandecía de verde y oro, azul y naranja, rojo y plata. Jamás se tocaban dos piezas del mismo envoltorio. Venciendo un día la barrera, los colores me asaltaron y aún siento la dulzura con la que entonces se empaparon mis ojos. Fue lo dulce del chocolate con el que esta dulzura iba a deshacérseme más en el corazón que en la boca. Pues antes de que sucumbiera a las tentaciones de la golosina, de golpe un sentido elevado dentro de mí dejó atrás a otro más bajo y me quedé embelesado.

Veladas

Mi madre tenía una alhaja de forma ovalada. Era tan grande que no se podía llevar en el pecho, y así, aparecía, cada vez que se la ponía, colgada de la cintura. La llevaba sólo cuando iba a una fiesta; en casa únicamente cuando nosotros dábamos alguna. Su brillo consistía en una piedra grande fulgurante y amarilla que formaba el centro de la misma, y de una serie de otras, más o menos grandes —verdes, azules, amarillas, rosas, púrpuras— que la encerraban. Esta alhaja me embelesaba cada vez que la veía. Pues, perceptible para mí, había una música de baile que radicaba en los miles de pequeños rayos que irradiaban desde sus bordes. El momento más importante, cuando mi madre la sacaba del cofrecillo donde solía estar, hacía que se me manifestara su doble ascendiente: para mí era la sociedad cuyo centro, en realidad, era el cinturón de mi madre, pero también era para mí el talismán que la protegía de todo mal que podría amenazarla desde fuera. A su amparo yo estaba igualmente a salvo. Lo único que no podía impedir era que en esas veladas tuviera que irme a la cama, lo que me disgustaba doblemente si la fiesta se daba en nuestra casa. Ésta traspasaba, no obstante, el umbral de mi cuarto y así estaba continuamente informado tan pronto como sonaba el primer timbre. Durante un rato la campanilla acosaba el corredor incesantemente y de una manera alarmante, porque repicaba más breve y con más precisión que otros días. No me engañaba que se manifestaran en su sonido unas pretensiones que fueran más allá de las que de ordinario hacía valer. Con tal motivo, la puerta se abría al momento y en silencio.

Luego llegaba el momento en que la reunión parecía morir apenas había comenzado a formarse. En realidad, sólo se había retirado a las habitaciones más alejadas, para desaparecer allí, en medio del bullicio y del poso de los muchos pasos y conversaciones, como un monstruo que busca refugio en el fango húmedo de la costa tan pronto como el oleaje lo arroja a la misma. Y ya que el abismo que había arrojado a ese monstruo era el de mi clase social, trabé conocimiento con ella por primera vez en estas veladas. Me desazonaba. Tuve la sensación de que aquello que entonces llenaba las habitaciones era inaccesible, resbaladizo y siempre dispuesto a estrangular a los que rodeaba; ciego a su tiempo, ciego al buscar alimento, ciego en la actuación. La brillante camisa de frac que llevaba mi padre me parecía esa noche toda una coraza, y descubrí que sus miradas que pasearon hacía una hora por las sillas vacías estaban armadas. Entretanto un susurro se había infiltrado en mi cuarto. Lo invisible se había robustecido y se disponía a consultarse a sí mismo por todas partes. Escuchaba su propio murmullo sordo como quien coloca al oído una concha. Era como las hojas en el viento que deliberan entre sí, crepitaba como un tronco en la chimenea y luego se desmoronaba. Entonces llegó el momento en que me arrepentía de haber preparado pocas horas antes el camino a la veleidad. Esto había ocurrido con una maniobra por medio de la cual la mesa del comedor se desplegó y un tablero, abierto mediante dos bisagras, cubría el espacio entre las dos mitades, de manera que treinta personas cupieran en ella. Luego me dejaron ayudar a poner la mesa. Por mis manos pasaron no sólo los utensilios que me honraban, como las pinzas de bogavante y el abreostras, sino que también los de uso diario se exhibieron de una forma solemne. Así las copas de cristal verde para vinos del Rin, las pequeñas talladas para el Oporto, las de champaña cubiertas de filigranas, los saleros en forma de tonelitos de plata, los tapones de las botellas en forma de pesados gnomos y animales de metal. Y, finalmente, me permitieron colocar encima de una de las muchas copas de cada cubierto una tarjeta que indicaba al invitado el lugar

que le esperaba. Con esta tarjeta se coronaba la obra, y cuando, por último, di con aire de admiración, una vuelta alrededor de la mesa, delante de la cual únicamente faltaban todavía las sillas, sólo entonces me penetró profundamente el pequeño símbolo de paz que me saludaba desde todos los platos. Eran las centaureas azules cuyo menudo dibujo cubría el servido de impecable porcelana: una señal de paz, cuya bondad sólo concebía la mirada que está acostumbrada a aquella otra, guerrera, que tenía delante todos los demás días. Pienso en el dibujo de cebolla azul. ¡Cuántas veces le había suplicado auxilio en el transcurso de los desafíos y en las batallas decisivas que se desencadenaban en la misma mesa que ahora estaba delante de mí en todo su esplendor! Infinidad de veces había seguido las ramificaciones, hilos, flores y volutas, con mayor entrega que frente al cuadro más bonito. Jamás se ha tratado de granjearse más sinceramente una amistad que yo lo hacía con esta muestra de cebolla de color azul oscuro. Me hubiera gustado tenerla por aliada en la lucha desigual que tantas veces me amargaba el almuerzo. Pero jamás lo conseguí. Esta muestra era venal como un general de la China, la cual, al fin y al cabo, la había visto nacer. Mis solicitudes se desbarataron por los honores con los que mi madre la colmaba, por los desfiles a los que convocaba a la tropa, por las elegías que resonaban desde la cocina por cada miembro caído. Pues, indiferente y rastrera, la muestra de cebolla se resistió a mis miradas sin enviar la más pequeña de sus hojitas para cubrirme. El solemne espectáculo de esta mesa me liberaba del dibujo fatal, y sólo eso hubiera bastado para entusiasmarme. Pero cuanto más avanzaba la noche, más se cubría con un velo aquel brillo y encanto que me había prometido por la tarde. Y si mi madre, a pesar de haberse quedado en casa, entraba por un momento para darme las buenas noches, sentía doblemente cuál era el regalo que otros días me dejaba a esta hora sobre el cubrecamas: el conocimiento de las horas que le reservaba aún el día y el que yo me llevaba para dormirme, como la muñeca en tiempos pasados. Eran horas que le caían silenciosamente, sin saberlo, sobre los pliegues del

cubrecama que me arreglaba, eran esas horas que me consolaban incluso en las noches en las que ella se disponía a salir, cuando me tocaban disfrazadas de las puntillas negras de su mantilla, que ya se había colocado. Me agradaba, y por eso no me gustaba dejarla marcharse, y cada momento que ganaba a la sombra de la mantilla y de la piedra amarilla, me hacía más feliz que los bombones fulminantes que, sin falta, tendría seguros por la mañana. Cuando mi padre la llamaba desde fuera, su partida me llenaba de orgullo, por dejarla ir a la fiesta de una forma tan radiante. Y en la cama, poco antes de dormirme comprendía, sin conocerlo, la verdad del dicho que afirma: cuanto más avanzada la noche, más brillantes los invitados.

Juego de letras

Jamás podremos rescatar del todo lo que olvidamos. Quizás esté bien así. El choque que produciría recuperarlo sería tan destructor que al instante deberíamos dejar de comprender nuestra nostalgia. De otra manera la comprendemos, y tanto mejor, cuanto más profundo yace en nosotros lo olvidado. Del mismo modo que la palabra perdida, que acaba de huir de nuestros labios, nos infundiría la elocuencia de Demóstenes, así lo olvidado nos parece pesar por toda la vida vivida que nos promete. Lo que hace molesto y grávido lo olvidado tal vez no sea sino un resto de costumbres perdidas que nos resultan difíciles de recuperar. Quizás sea la mezcla con el polvo de nuestras moradas derrumbadas lo que constituye el secreto por el que pervive. Como quiera que sea, para cada cual existen cosas que forman en él costumbres, unas más duraderas que otras. Por medio de ellas se van desarrollando facultades que serán condicionantes de su existencia. Para la mía propia lo fueron leer y escribir, y por eso, nada de lo que me ocupaba en mis años mozos evoca mayor nostalgia que el juego de letras. Contenía, en unas pequeñas tablillas, unos caracteres que eran más menudos y también más femeninos que las impresas. Se colocaban, gráciles, sobre un pequeño atril inclinado, cada uno perfecto, y fijado uno tras otro por las reglas de su Orden, cual es la palabra a la que pertenecían por ser ésta su patrón. Me admiraba cómo podía existir tanta sencillez unida a tan grande majestuosidad. Era un estado de gracia. Y mi mano derecha que, obediente, lo buscaba con empeño, no lo encontraba. Tuvo que quedarse fuera, como el portero que

debe dejar pasar a los elegidos. De esta manera su trato con las letras estaba lleno de resignación. La nostalgia que despierta en mí demuestra cuán estrechamente ligado estaba a mi infancia. Lo que busco realmente es ella misma, toda la infancia, tal y como sabía manejarla la mano que colocaba las letras en el atril, donde se enlazaban las unas con las otras. La mano aún puede soñar el manejo, pero nunca podrá despertar para realizarlo realmente. Así, más de uno soñará en cómo aprendió a andar. Pero no le sirve de nada. Ahora sabe andar, pero nunca jamás volverá a aprenderlo.

El tiovivo

La tabla con los solícitos animales gira próxima al suelo. Tiene la altura en la que mejor se sueña ir volando. La música ataca, y con unas sacudidas, el niño gira apartándose de la madre. Primero tiene miedo de abandonar a la madre. Pero luego se da cuenta de que es leal consigo mismo. Está sentado en un trono, como leal soberano sobre un mundo que le pertenece. En las tangentes, árboles e indígenas cubren la carrera. Reaparece en algún Oriente la madre. Luego surge de la selva una cima tal como el niño la vio hace ya milenios, y como acaba de verla en el tiovivo. Como Arión mudo va viajando sobre su mudo pez; un Toro-Zeus de madera lo rapta cual Europa inmaculada. Hace tiempo que el eterno retorno de todas las cosas se ha convertido en sabiduría infantil, lo mismo que la vida en una embriaguez ancestral del poder, con la orquestina que resuena en el centro. Si toca más lento, el espacio empieza a balbucir y los árboles comienzan a vacilar. El tiovivo se hace inseguro. Y aparece la madre, como el palo tantas veces abordado, hacia el que el niño que, arriba, echa el cabo de sus miradas.

La fiebre

El principio de todas las enfermedades demostraba una y otra vez, con qué delicadeza certera, con qué cuidado y arte se me presentaba la adversidad. No le gustaba llamar la atención. Empezaba con algunas manchas en la piel o con náuseas. Y parecía que la enfermedad tenía la costumbre de aguardar hasta que el médico le preparase la cama. Éste venía, me examinaba e insistía que esperase lo demás en la cama. Me prohibía que leyera. De todas maneras no tenía que hacer nada de importancia. Pues ahora comenzaba a repasar lo que iba a suceder, hasta que se me embrollaba la cabeza. Medía la distancia entre la cama y la puerta, preguntándome hasta cuándo la podrían salvar mis llamadas. En mi mente veía la cuchara, cuyos bordes colmaban los ruegos de mi madre, y cómo, después de habérmela acercado con cuidado, descubría de repente su verdadera esencia haciéndome beber la amarga medicina. Como el hombre embriagado calcula y piensa a veces, sólo para comprobar que todavía puede, así contaba yo los aros luminosos que, proyectados por el sol, bailaban en el techo de mi habitación, y ordenaba una y otra vez los rombos del papel pintado formando diferentes conjuntos.

He estado enfermo muchas veces. De ahí resulta tal vez que lo que otros llaman mi paciencia en realidad no se parece en nada a esa virtud. No es más que la propensión a ver acercarse desde lejos todo lo que me importa, como las horas que se acercaban a mi lecho de enfermo. Sucede, pues, que pierdo las ganas de hacer un viaje, si no puedo esperar durante largo tiempo la llegada del tren en

la estación, e igualmente ésa debe de ser la razón por la que hacer regalos se haya convertido para mí en una pasión. Lo que sorprende a los otros, yo, el que los hace, lo preveo de antemano. Ayudada por el tiempo de la espera, como el enfermo se apoya en las almohadas que tiene en la espalda, la necesidad misma de aguardar lo venidero ha hecho que más tarde las mujeres me pareciesen más bellas cuanto más tiempo y más confiadamente las había esperado. Mi cama, en otros tiempos el lugar más retirado y tranquilo, adquiría ahora rango y categoría públicos. Por algún tiempo no seguiría siendo el coto de empresas sigilosamente llevadas a cabo por las noches: nada de lecturas ni de sombras chinescas. Ya no estaba debajo de la almohada el libro que, por estar prohibido, se solía esconder allí todas las noches con un último esfuerzo. Durante semanas se acabaron también los ríos de lava y los pequeños incendios que hacían fundirse la estearina. Puede que en el fondo la enfermedad no me privara sino de aquel juego mudo y silencioso que, en lo que a mí se refiere, nunca había estado libre del miedo encubierto, precursor de aquel otro que acompañaría más tarde el mismo juego al mismo filo de la noche. Había tenido que presentarse la enfermedad para proporcionarme una conciencia pura. Y ésta, sin embargo, era tan limpia como cualquier parte de la sábana lisa que me esperaba por las noches los días en que se mudaba la ropa de la cama.

Por lo general, mi madre me preparaba la cama. Desde el diván observaba cómo sacudía las almohadas y las sábanas, y recordaba las noches que me bañaban y luego me servían la cena en la cama, en una bandeja de porcelana. Debajo del vidriado, entre zarzales de frambuesas silvestres se abría paso una mujer afanándose por entregar al viento una bandera con el lema:

> Como en casa no se está en ningún sitio.

El recuerdo de la cena y de los zarzales del frambueso me agradaban tanto más por cuanto el cuerpo se sentía por encima de

la necesidad de tener que comer alguna cosa. En cambio le apetecían las historias. Las fuertes corrientes que las llenaban le atravesaban y arrastraban el mal como un objeto flotante. El dolor era un dique que sólo al principio se resistía al relato. Más tarde, cuando éste se hubiera robustecido, quedaría minado y arrastrado al pozo del olvido. Las caricias iban haciendo el cauce de esta corriente. Me agradaban, pues la mano de mi madre empezaba a hilar las historias que pronto saldrían en abundancia de sus labios. Con ellas salió a la luz lo poco que llegué a saber de mis antepasados. La carrera de uno de ellos. Se evocaban los preceptos morales de mi abuelo, como para hacerme entender cuán precipitado sería desprenderme, por una muerte prematura, de los triunfos que tenía en la mano gracias a mi origen. Dos veces al día mi madre controlaba hasta qué punto me aproximaba a la misma. Con cuidado iba luego con el termómetro a la ventana o a la lámpara, manejando el estrecho tubito como si en él estuviese encerrada mi vida. Más tarde, cuando fui creciendo, me resultaba tan difícil descifrar la presencia del alma en el cuerpo como la situación del hilo de la vida en el pequeño tubo, en el que siempre se escapaba de mi mirada. Cansa el que le midan a uno. Después me gustaba quedarme sólo, para ocuparme de mi almohada. Pues estaba familiarizado con las alturas de mis almohadas en aquella época en la que colinas y montañas aún no me decían nada. Es más, a mí y a las fuerzas que originan aquéllas, nos cubría la misma manta. A veces me las arreglaba de tal manera que en la ladera del monte se abriera una cueva. Me metía en ella; echaba la manta sobre mi cabeza y prestaba oído a la oscura garganta, alimentando el silencio de cuando en cuando con palabras que retornaban del mismo en forma de historias. A veces participaban los dedos y ponía en escena algún suceso o jugaba «a la tienda» y «detrás del mostrador», formado por el dedo del medio, y los meñiques saludaban solícitos al cliente que era yo mismo.

Sin embargo, mis ganas y también las fuerzas para controlar el juego iban flaqueando. Por último, seguía casi sin interés el

movimiento de mis dedos, que merodeaban cual chusma indolente e insidiosa por el recinto de una ciudad a la que un incendio devoraba. Imposible tener en ellos la menor confianza. Pues, aunque acabaran de reunirse sin malicia, no se podía estar seguro de que cada una de las tropas no volviese a marcharse por su camino, tan silenciosamente como se habían presentado. Éste era a veces un camino prohibido, a cuyo final un dulce descanso franqueaba la vista hacia tentadoras visiones que se movían debajo del velo de llamas detrás de los párpados cerrados. A pesar del mucho cuidado y cariño, no era posible insertar continuamente en la vida de nuestra casa la habitación donde estaba mi cama. Tenía que esperar que llegase la noche. Luego, cuando se abría la puerta delante de la lámpara y la esfera de su globo se movía hacia mí por encima del umbral, parecía que la bola dorada de la vida, que hacía girar cualquier hora del día, encontrase por primera vez el camino de mi cuarto como si éste fuese una casilla olvidada. Y antes de que la noche quedase instalada a gusto, para mí comenzaba una nueva vida, aunque, a decir verdad, era la de la antigua fiebre que renacería de un momento a otro debajo de la luz de la lámpara.

Sólo la circunstancia de estar acostado me permitía sacar de la luz un provecho que otros no podían obtener tan pronto. Aprovechaba mi ocio y la cercanía de la pared, de los que disfrutaba en la cama, para saludar la luz con sombras chinescas. Entonces todos aquellos juegos que había permitido a mis dedos se repetían una vez más sobre el papel pintado, aunque de manera menos precisa, pero más vistosa y hermética. «En lugar de temer las sombras de la noche —así decía mi libro de juegos—, los niños alegres se sirven de ellas para divertirse». A continuación venían, ricamente ilustradas, instrucciones de cómo se podían proyectar sobre la pared de al lado de la cama cabras montesas y granaderos, cisnes y conejos. Por lo que a mí respecta, raras veces logré más que las fauces de un lobo. Sólo que eran tan grandes y abiertas que debían ser las del lobo Fenris[8], al que ponía en movimiento como

destructor del mundo en la misma habitación en la que se me disputaba incluso la enfermedad infantil.

Un buen día se fue. La inminente convalecencia rompía, como el parto, lazos que la fiebre había estrechado. Los criados comenzaron a sustituir más a menudo a la madre en mi existencia. Y una mañana, tras el largo paréntesis y con pocas fuerzas aún, me dediqué de nuevo a escuchar cómo sacudían las alfombras. El ruido subía por la ventana grabándose en el corazón del niño más hondamente que la voz de la amada en el del hombre; ese sacudir de alfombras que era el idioma de la clase baja, de gentes realmente adultas, y que nunca se interrumpía, ni se desviaba jamás, tomándose su tiempo a veces, lento y moderadamente dispuesto a todo, para recaer de nuevo en un inexplicable ritmo galopante, como si abajo se apresurasen ante el temor de la lluvia.

De la misma manera imperceptible como había comenzado, la enfermedad se despidió. Pero aun cuando iba a olvidarla del todo, me llegó su último adiós en la hoja de estudios. Al pie de la misma estaba anotado el total de las horas que había faltado. De ningún modo me parecían grises, monótonas como las que había pasado, sino que estaban allí, enfiladas como las cintas de colores sobre el pecho del mutilado. Es más, la nota «faltas a clase: ciento setenta y tres horas» simbolizaba una larga fila de condecoraciones.

Dos charangas

Nunca habría nada tan deshumanizado y tan desvergonzado en la música como aquello de la banda militar que atemperaba la corriente de personas que se empujaban entre las cafeterías del Zoológico a lo largo de la «avenida del mentidero». Hoy comprendo lo que supone el poder de estas corrientes. Para los berlineses no había más alta escuela para el flirt que ésta, rodeada de los arenales de los ñus y cebras, por los árboles desnudos y las grietas donde anidaban los alimoches y los cóndores, por las cercas hediondas de los lobos y por los nidales de los pelícanos y de las garzas. Las voces y los gritos de los animales se mezclaban con el ruido de los bombos y platillos. Este era el ambiente en el que, por vez primera, la mirada del muchacho trataba de acercarse e importunar a alguna de las transeúntes, en tanto que se afanaba por hablar con el compañero. Y tal fue su esfuerzo por no traicionarse por el timbre de la voz, ni por la mirada, que nada vio de aquella que pasaba.

Mucho antes conoció otra charanga. Pero cuán distintas eran las dos: ésta que se mecía sofocante y seductora bajo el techo de hojas y de lona, y aquélla más antigua, que nítida y aguda permanecía en el aire frío como debajo de una fina campana de cristal. Invitaba desde la Isla de Rousseau, animando a los patinadores del Neuen See[9] a ejecutar sus vueltas y sus quiebros. Yo también estaba entre ellos, mucho antes de sospechar el origen del nombre de la isla, por no hablar de las dificultades de su grafía. Por su situación, este patinadero no se igualaba a ningún otro, sobre todo por su vida

a lo largo de las estaciones del año. Pues ¿qué hacía el verano de los demás? Pistas de tenis. Aquí, sin embargo, se extendía bajo las amplias copas de los árboles de la orilla el mismo lago que, puesto en un marco, me esperaba en el comedor sombrío de mi abuela. En aquella época gustaba pintarlo con sus laberínticas corrientes de agua, y ahora, deslizarse, al son de un vals vienés, bajo los mismos puentes desde cuyo pretil, en verano, se solía contemplar el paso lento de los botes por las oscuras aguas. En las cercanías había caminos sinuosos, y, sobre todo, los apartados refugios y los bancos: «Sólo para mayores». De forma circular estaban allí repartidos los cajones de arena, en los que los pequeños jugaban distraídos hasta que alguno tropezaba con otro o le chillaba desde el banco la niñera que, detrás del cochecito, leía dócil algún novelón, llamando al orden al pequeño sin levantar apenas la mirada. Hasta allí llegaron hombres viejos y achacosos que, mediante el periódico, reivindicaban la seriedad de la vida en medio de la turba de necias mujeres y el griterío de los niños. Pero dejemos de hablar de estas orillas. El lago, sin embargo, pervive en mí por el tacto, que siento todavía, en los pies entorpecidos por los patines; tras un giro por el hielo advertían de nuevo el entarimado y, tambaleándose, irrumpían con estruendo en una caseta donde había una candente estufa de hierro. Cerca estaba el banco, donde se volvía a sentir el peso de los pies antes de decidirse a desatarlos. Luego que el muslo descansaba al soslayo sobre la rodilla y se aflojaban los patines, parecía que nos crecían alas en ambos pies, y arrastrando nuestros pasos sobre el suelo helado, salimos al descubierto. Desde la isla, la música me acompañaba durante un rato en mi camino a casa.

Libros

Los que más me gustaban los conseguía en la biblioteca del colegio. En las clases inferiores se repartían. El profesor de la clase pronunciaba mi nombre, y entonces el libro hacía su camino por encima de los bancos. Uno lo pasaba a otro, o se balanceaba por encima de las cabezas hasta que llegaba a mí, que lo había pedido. En sus hojas estaban marcadas las huellas de los dedos que las habían vuelto. El cordel que cierra la cabezada, y que sobresalía arriba y abajo, estaba sucio. El lomo, sobre todo, tenía que haber soportado mucho; de ahí que ambas cubiertas se dislocasen y que el canto del tomo formase escaleritas y terrazas. Sin embargo, al igual que el ramaje de los árboles durante el veranillo de San Martín, de sus hojas colgaban a veces los débiles hilos de una red en la que me había enredado cuando aprendí a leer. El libro estaba encima de la mesa, demasiado alta. Mientras leía me tapaba los oídos. Sordo de esa manera, recuerdo haber escuchado narrar. Desde luego no a mi padre. A veces, en cambio, en invierno, cuando estaba frente a la ventana en el cuarto caliente, los remolinos de la nieve, allí fuera, me contaban cosas en silencio. Lo que me contaban no lo pude comprender nunca con exactitud, pues era demasiado denso y sin cesar se mezclaba presuroso lo nuevo entre lo conocido. Apenas me había unido con fervor a un grupo de copos de nieve cuando me di cuenta que tenía que entregarme a otro que de repente se había metido en medio. Entonces había llegado el momento de buscar, en el torbellino de las letras, las historias que se me habían escapado estando en la ventana. Los países lejanos que encontraba en ellas

jugueteaban, intimando los unos con los otros al igual que los copos de nieve. Y debido a que la lejanía, cuando nieva, no conduce a la distancia, sino al interior, en el mío habitaban Babel y Bagdad, Acón y Alasca, Tromsoe y Transvaal. El templado aire de la lectura, que lo penetraba, captaba irresistiblemente, con sangre y peligro, mi corazón que seguía fiel a los deslustrados volúmenes.

¿O acaso, seguía fiel a otros más antiguos, imposibles de hallar? Es decir a aquéllos, maravillosos, que sólo una vez en sueños pude volver a ver. ¿Cuáles eran sus títulos? No sabía sino que habían desaparecido hace mucho y que no había podido encontrarlos nunca más. Sin embargo, ahora estaban allí en un armario, del que, al despertar, me di cuenta que antes nunca me lo había encontrado. En sueños me parecía conocido desde siempre. Los libros no estaban de canto, sino tirados, en el rincón de las tempestades. Y tempestuoso fue lo que sucedía en ellos. Abrir uno de ellos me hubiese conducido a su mismo seno, en el que se formaban las nubes cambiantes y turbias de un texto preñado de colores. Eran burbujeantes, fugaces, pero siempre llegaron a componer un color violeta que parecía proceder del interior de un animal de sacrificio. Indecibles y graves como este condenado color violeta eran los títulos, de los cuales cada uno me parecía más singular y familiar que el anterior. Pero aun antes de que pudiera asegurarme de cualquiera de ellos, me había despertado, sin haber vuelto a tocar, siquiera en sueños, los antiguos libros de la infancia.

Un fantasma

Era una tarde, cuando tenía siete u ocho años, delante de nuestra residencia veraniega. Una de nuestras muchachas permanece todavía un rato junto a la verja que conduce a no sé qué avenida. El gran jardín, por cuya periferia cubierta de maleza había merodeado, quedó cerrado para mí. Ha llegado el momento de acostarse. Puede que me haya hartado de mi juego favorito, tirando en alguna parte de los arbustos que crecen junto al cerco de alambre, con mi pistola «Eurecka», a los pájaros de madera que, por el bote del proyectil, se cayeron del panel donde estaban posados en medio del follaje pintado. Todo el día había guardado para mí un sueño —el sueño de la última noche pasada—. En el mismo se me había aparecido un fantasma. Difícilmente hubiera podido describir el lugar donde estaba atareado en sus negocios. Sin embargo, tenía algún parecido con otro que me era familiar, aunque de manera impenetrable. Era el cuarto donde dormían mis padres; un rincón revestido de una raída cortina violeta de felpa, detrás de la cual estaban colgadas las batas de mi madre. La oscuridad detrás de la cortina era insondable. El rincón, sin embargo, hacía un desacreditado juego con el paraíso puro que se me abría en el ropero de mi madre. Los estantes del mismo, por cuyos cantos se extendía, sobre ribetes blancos, un texto tomado de *La Campana* de Schiller, soportaban pilas de ropa de cama y de casa, sábanas, sobrecamas y servilletas. Un olor a lavanda salía de los pequeños saquitos repletos que colgaban de la parte interior de ambas puertas del armario, por encima del forro fruncido. Era ésta la

antigua y misteriosa magia del tejido y de la hilatura, que antaño tuvo su lugar en el torno de hilar, dividido en paraíso e infierno. Pues bien, el sueño tenía que ver con este último: un fantasma se atareaba en un anaquel del cual colgaban cosas de seda. Las sedas las robó el fantasma. No las recogía, ni las llevaba a ninguna parte; bien mirado, no hacía nada de ellas ni con ellas. Y, no obstante, yo sabía que las robaba, al igual que en las leyendas las gentes que descubren un festín de fantasmas que no comen ni beben se dan cuenta que se está celebrando un banquete. Este era el sueño que había guardado para mí. La noche siguiente observé, a una hora desacostumbrada —y fue como si un segundo sueño se sobrepusiera al primero—, que mis padres entraban en mi cuarto. El que se encerrasen conmigo ya no lo vi. Por la mañana, cuando desperté, no había nada para desayunar. Comprendí que habían robado la casa. A mediodía vinieron unos parientes con lo más indispensable. Una banda numerosa de ladrones se había introducido furtivamente. Y era una suerte, así decían, que el ruido que hicieron en la casa permitiera inferir su número. La peligrosa visita duró hasta la madrugada. En vano mis padres habían aguardado el crepúsculo con la esperanza de poder hacer señales a la calle. Yo también quedé envuelto en el suceso. Aunque no supe declarar nada acerca del comportamiento de la muchacha que al atardecer había estado junto a la verja, mi sueño de la noche anterior llegó a ser atendido. Al igual que la mujer de Barba Azul, la curiosidad temeraria penetró en su alcoba mortífera. Aterrado me di cuenta, al hablar, de que jamás debía de haberlo revelado.

El pupitre

El médico encontró que yo era miope. Y me recetó no sólo unas gafas, sino también un pupitre. Estaba construido de una manera ingeniosa. Se podía variar el asiento de tal forma que se colocaba más próximo o más alejado del tablero de plano inclinado que servía para escribir; tenía además un travesaño horizontal en el respaldo que brindaba su sostén a la espalda, sin mencionar el pequeño estante regulable que coronaba el todo. El pupitre cerca de la ventana se convirtió pronto en mi sitio preferido. El pequeño armario que estaba oculto debajo del asiento no sólo contenía los libros que necesitaba en el colegio, sino también el álbum de los sellos, además de otros tres que comprendían la colección de postales. Y de la sólida percha en la parte lateral del pupitre colgaba, al lado de mi cartapacio, no sólo la cestita de la merienda, sino también el sable de uniforme de húsares y la caja de herborista. Más de una vez, cuando volvía del colegio, lo primero que hacía era celebrar el reencuentro con mi pupitre convirtiéndolo en campo de acción de cualquiera de mis más caras ocupaciones, como las calcomanías, por ejemplo. La taza con el agua caliente no tardaba en ocupar el sitio en que poco antes había estado el tintero y comencé a recortar las estampas. ¡Cuántas cosas me prometía el velo tras el cual me miraban fijamente, encerradas en pliegos y cuadernos! El zapatero inclinándose sobre la horma, y los niños sentados en lo alto de un árbol cogiendo manzanas, el lechero delante de una puerta nevada, el tigre agachado y presto a lanzarse sobre el cazador, cuya escopeta está escupiendo fuego, el pescador en la hierba delante

de un riachuelo de aguas azules, la clase atenta al profesor, quien, escribiendo en la pizarra, cuenta algo, el droguero en su tienda abundantemente surtida y multicolor, el faro y los veleros delante, todo ello estaba cubierto por una cortina de niebla. Sin embargo, cuando posaban sobre la hoja de papel trasluciendo suavemente, cuando la gruesa capa se deshacía en delgadas pelotillas bajo las yemas de mis dedos que frotaban el dorso rasgando y raspando, con unos movimientos giratorios, cuando por último, el color irrumpía suave y netamente por el dorso agrietado y maltratado, entonces era como si sobre el mundo turbio, mañanero y descolorido saliese el sol radiante de septiembre, y todo, humedecido por el rocío que lo refrescaba en el crepúsculo, resplandecía por la proximidad de un nuevo día de la creación. Aun cuando me hartaba de este juego, siempre encontré otro pretexto para demorar las tareas del colegio. Me gustaba revisar viejos cuadernos cuyo valor radicaba en el hecho de haberlos sustraído al profesor que tenía un derecho sobre ellos. Entonces mi mirada descansaba en las notas puestas con tinta roja y me llenaba una satisfacción serena. Pues, al igual que los nombres de los difuntos en las lápidas, que ya no pueden ser de provecho ni causar daño, las notas estaban allí tras haber transferido su fuerza a otras anteriores. Pero también de otra manera, y con la conciencia más tranquila, se podía pasar el tiempo manejando cuadernos y libros de texto. Había que envolver los libros en un recio papel de embalar azul y, en lo que se refiere a los cuadernos, existía la orden de adjuntar a cada uno un papel secante de forma que no se perdiera. Para ello había unos cuadernitos de obleas. Procurando cierta variedad del colorido se podían conseguir las más diversas composiciones, las más armoniosas, y también las más llamativas. De esta suerte, el pupitre se asemejaba al banco del colegio, aunque en el pupitre estaba a salvo y tenía libertad para cosas de las que el banco no debía saber nada. El pupitre y yo éramos solidarios frente a él. Y cuando lo acababa de recuperar después de una jornada aburrida de colegio, me daba nuevas fuerzas. No sólo

podía sentirme como en casa; sino, más aún, como en una celda, comparable únicamente a uno de los clérigos que pueden verse en los cuadros medievales, sentados en su reclinatorio o pupitre, al igual que dentro de un caparazón. En esta morada comencé a leer *Debe* y *Haber* y *Dos ciudades*. Escogía las horas más tranquilas del día y este lugar, el más recóndito de todos. Luego abría la primera página sintiendo la misma sensación festiva, como quien pisa un nuevo continente. Y, en efecto, era un nuevo continente, en que la Crimea, El Cairo, Babel y Bagdad, Alaska y Taschkent, Delfos y Detroit quedaron casi solapados como las doradas medallas de las cajas de puros que coleccionaba. No había nada más confortante que estar encerrado de esta manera con todos los instrumentos de mi tormento —cuadernos con los vocablos, compás, diccionarios—, cuando los derechos de éstos quedaban anulados.

Un ángel de Navidad

Todo empezaba con los árboles de Navidad. Una mañana, aún antes de las vacaciones, quedaron fijados en las esquinas de las calles los sellos verdes que parecían sujetar la ciudad por todas partes, como un gigantesco paquete de Navidad. Pero, a pesar de todo, un buen día estalló, y juguetes, nueces, paja y adornos para el árbol brotaban de su interior: era el mercado navideño. Pero también surgía algo más. La pobreza. Pues al igual que en la bandeja navideña podían exhibirse, al lado del mazapán, manzanas y nueces con un poco de oropel, así también, en los barrios ricos, las gentes pobres con la plata en láminas y las velas de colores. Pero los ricos hicieron que se adelantaran sus hijos para comprar a la pobre corderitos de lana o para repartir limosnas que a ellos mismos, por vergüenza, no les salían de la mano. Entre tanto ya estaba en el balcón el árbol que mi madre había comprado en secreto y mandado subir al piso por la escalera de servicio. Pero más maravilloso aún que todo lo que le confería la luz de las velas fue ver de qué manera la fiesta próxima iba entretejiéndose cada día un poco más en sus ramas. En los patios, los organilleros empezaron a demorar con sus cánticos el último plazo. Por fin expiró, no obstante, y volvió uno de esos días que estoy recordando como uno de los más tempranos. Esperaba en mi cuarto hasta que dieran las seis. Más tarde, en la vida, ninguna fiesta posee esta hora, que vibra como una flecha en el corazón del día. Había oscurecido ya; sin embargo, no encendí la lámpara por no apartar la vista de las ventanas oscuras del patio, detrás de las cuales pude

ver las primeras velas. De todos los momentos que integran la existencia del árbol de Navidad es el más misterioso, cuando sacrifica a la oscuridad las hojas y el ramaje para no ser sino una constelación inaccesible y, no obstante, próxima, en la ventana empañada de uno de los pisos interiores. Sin embargo, por la manera en que una de esas constelaciones agraciaba de cuando en cuando una de las ventanas abandonadas, en tanto que muchas seguían permaneciendo oscuras, y otras, más tristes aún, decaían a la luz de gas de las primeras horas de la tarde, me parecía que estas ventanas navideñas encerraban la soledad y la miseria, todo lo que la gente pobre pasa en silencio. Luego recordé los regalos que estaban preparando mis padres, pero apenas me aparté de la ventana con el corazón entristecido, como sólo lo consigue la proximidad de la dicha segura, sentí algo distinto y extraño en la estancia. No era sino un viento, de modo que las palabras que formaron mis labios quedaron como los pliegues que una vela inerte produce de repente ante una brisa fresca.

Todos los años,
el Niño Jesús
vuelve a la tierra
donde estamos los hombres.

Con estas palabras se esfumó el ángel que acababa de tomar cuerpo en ellas. Yo no seguí por más tiempo en la habitación desierta. Me llamaron a la de enfrente, en la que el árbol acababa de entrar en la gloria que me lo arrebataba, hasta que, despojado de su pie, sepultado en la nieve o reluciente en la lluvia ponía fin a la fiesta que había comenzado con un organillo.

Armarios

El primer mueble que se abría obedeciendo a mi voluntad fue la cómoda. Tenía que tirar tan sólo del tirador y la puerta saltaba, empujada por el muelle. Dentro se guardaba mi ropa. Entre mis camisas, calzoncillos, camisetas que deben de haber estado allí y de los cuales no recuerdo nada, había, no obstante, algo que no se ha perdido y que hacía que el acceso a este armario me resultase una y otra vez seductor y fantástico. Tenía que abrirme camino hasta el rincón más recóndito; entonces daba con mis calcetines que estaban amontonados allí, enrollados y plegados según antiquísima costumbre, de forma que cada uno de los pares presentaba el aspecto de una pequeña bolsa. Para mí no había mayor placer que el meter mi mano lo más profundo posible en su interior; no sólo por el calor de la lana. Era la «tradición» la que, enrollada en su interior, tomaba siempre en mi mano y que me atraía de esta manera hacia la profundidad. Cuando la tenía abrazada con la mano, y me había asegurado en lo posible de la posesión de la masa suave y lanuda, entonces comenzaba la segunda parte del juego, que conducía a la revelación emocionante. Pues ahora me disponía a desenvolver «la tradición» de su bolsa de lana. La aproximaba cada vez más hacia mí, hasta que se obraba lo más sorprendente, que «la tradición» saliese por completo de su bolsa, en tanto que ésta dejaba de existir. No me cansaba nunca de hacer la prueba de esta verdad enigmática: que forma y contenido, el velo y lo velado, «la tradición» y la bolsa, no eran sino una sola cosa. Y había algo más, un tercer fenómeno, aquel calcetín en el

cual se convertían las dos. Si ahora pienso cuán insaciable fui para conseguir este milagro, me siento tentado a suponer que mis artificios no fueron sino la pequeña pareja hermanada de los cuentos que igualmente me invitaban al mundo de la fantasía y de la magia para acabar por devolverme de la misma infalible manera a la simple realidad que me acogía con el mismo consuelo que un calcetín. Pasaron años. Mi confianza en la magia ya se había perdido y hacían falta estímulos más fuertes para recobrarla. Empecé a buscarlos en lo extraño, lo horrible y lo fantástico, y también esta vez era ante un armario donde trataba de saborearlos. El juego, no obstante, era más atrevido. Se había acabado la inocencia, y fue una prohibición la que lo creó. Y es que tenía prohibidos los folletos en los que me prometía resarcirme con creces del mundo perdido de los cuentos. Por cierto, no comprendía los títulos: «La Fermata» — «El Mayorazgo» — «Haimatochare». Sin embargo, de todos los que no comprendía, debía responderme el nombre de Hoffmann, «el de los fantasmas» y la seria advertencia de no abrirlo jamás. Por fin logré llegar a ellos. Sucedía algunas veces por la mañana, cuando ya había vuelto del colegio, antes de que mi madre regresara del centro y mi padre de los negocios. En tales días me iba a la biblioteca sin perder el más mínimo tiempo. Era un extraño mueble; por su aspecto no se veía que albergara libros. Sus puertas, dentro de los bastidores de roble, tenían unos cuarterones que eran de cristal, es decir se componían de pequeños cristales emplomados, cada uno separado de los otros por unos rieles de plomo. Los vidrios eran de color rojo y verde y amarillo, y totalmente opacos. De esta manera, el vidrio no tenía sentido en esta puerta, y como si quisiera tomar venganza por el destino que le deparaba este uso impropio, brillaba con unos reflejos enojosos que no invitaban a nadie a acercarse. Pero, aunque me hubiese afectado entonces el ambiente malsano que rodeaba ese mueble, no hubiese sido sino un estímulo más para el golpe de mano que tenía proyectado a esta hora silenciosa, peligrosa y clara de la mañana. Abría bruscamente la puerta, palpaba el volumen que no

había que buscar en la primera fila sino detrás, en la oscuridad, y hojeando febrilmente abría la página donde me había quedado; sin moverme, comenzaba a recorrer las páginas delante de la puerta abierta, aprovechando el tiempo hasta que vinieran mis padres. De lo que leía no comprendía nada. Sin embargo, los terrores de cada una de las voces fantasmales y de cada medianoche, de cada maldición, aumentaban y se extremaban por los temores del oído que esperaba en cualquier momento el ruido de la llave y el golpe sordo con el que, fuera, el bastón de mi padre caía en la bastonera. Un indicio de la posición privilegiada que los bienes espirituales mantenían en casa era que este armario fuera el único entre todos que quedara abierto. A los demás no había otro acceso que la cestita de las llaves que acompañaba en aquella época a cualquier ama de casa por todas las partes del hogar, la cual, no obstante, era echada de menos a cada paso. El ruido del montón de llaves al revolverlas precedía cualquier faena en la casa. Era el caos que se revelaba antes de que se nos presentase la imagen del orden sagrado detrás de las puertas de los armarios abiertos de par en par como el fondo de un relicario del altar. También a mí me exigía veneración e incluso sacrificio. Después de cada fiesta de Navidad y de cumpleaños había que decidir cuál de los regalos había que ofrendar al «nuevo armario» del que mi madre me guardaba las llaves. Todo lo que se encerraba permanecía nuevo por más tiempo. Yo, en cambio, no pensaba conservar lo nuevo, sino renovar lo antiguo. Renovar lo antiguo mediante su posesión era el objeto de la colección que se me amontonaba en los cajones. Cada piedra que encontraba, cada flor que cogía y cada mariposa capturada, todo lo que poseía era para mí una colección única. «Ordenar» hubiese significado destruir una obra llena de castañas con púas, papeles de estaño, cubos de madera, cactus y pfennigs de cobre que eran, respectivamente, manguales, un tesoro de plata, ataúdes, palos de tótem y escudos. De esta manera crecían y se transformaban los bienes de la infancia en los anaqueles, cajas y cajones. Lo que antaño pasaba de una casa de campo a formar parte del cuento —

aquel último cuarto que está vedado a la ahijada de la Virgen María[10]—, en una casa de ciudad queda reducido al armario. El más sombrío entre los muebles de aquella época fue el aparador. Lo que era un comedor y su misterio sólo podía apreciarlo quien lograba explicarse la desproporción de la puerta con el aparador ancho y macizo cuyas cimas llegaban hasta el techo. Parecía tener unos derechos heredados sobre su espacio, lo mismo que sobre su tiempo, en el cual se erguía como testigo de una identidad que en épocas remotas podría haber unido los bienes inmuebles con los muebles. La limpiadora, que despoblaba todo por doquier, no podía con él. Sólo podía quitar y amontonar en un cuarto de al lado los enfriadores de plata, las soperas, los jarrones de Delft y mayólicas, las urnas de bronce y las copas de cristal que estaban en los nichos y debajo de las hornacinas, en sus terrazas y estrados, entre los portales y delante de sus revestimientos. La elevada altura donde ocupaban su trono anulaba todo uso práctico. Con razón el aparador se asemejaba en eso a los montes cubiertos de templos. Además, podía exhibir unos tesoros tales como los que a los ídolos les gusta rodearse. El día más oportuno para ello era cuando se daba alguna fiesta. Ya a mediodía se abría la montaña dejándome ver el tesoro de plata de la casa en sus galerías cubiertas de un terciopelo parecido a musgo verde gris. De todo lo que allí yacía no sólo se podía disponer diez, sino veinte y hasta treinta veces. Y cuando veía estas largas, larguísimas filas de cucharitas de moca y posa-cubiertos, cuchillos para pelar fruta y desbulladores de ostras, se mezclaba el goce de ver tanta abundancia con el temor de que aquéllos a quienes se esperaba se parecieran los unos a los otros como nuestros cubiertos.

Mendigos y prostitutas

En mi infancia estuve aprisionado por el antiguo y el nuevo Oeste. Mi clan vivía por entonces en los dos barrios, con una actitud en la que se mezclaban la obstinación y el amor propio que hacía de ambos un *ghetto* al que consideraba como su feudo. En este barrio de propietarios quedé encerrado, sin saber nada de los otros. Para los niños de mi edad, los pobres sólo existían como mendigos. Y supuso un gran paso adelante en mis conocimientos cuando, por primera vez, la pobreza se me traslució por la ignominia de un trabajo mal pagado. Era una pequeña composición, la primera tal vez, que había redactado para mí. Tenía que ver con un hombre que reparte hojas y con las humillaciones que sufre por parte del público que no tiene interés en las hojas. Así sucede que el pobre, y con esto concluía, se desembaraza con disimulo de todo el paquete. Ciertamente, la manera más ineficaz para aclarar la situación. Pero entonces yo no alcanzaba a comprender ninguna otra forma de sublevación sino la del sabotaje, y ésta, sin duda, por propia experiencia. Recurría a ella cuando trataba de eludir a mi madre. Sobre todo en los «recados», y con una porfía y terquedad que a menudo desesperaban a mi madre. Y es que había adquirido la costumbre de quedarme siempre rezagado. Era como si de ningún modo quisiese hacer frente aunque fuera a mi propia madre. Lo que tenía que agradecer a esta resistencia soñadora durante los paseos comunes por la ciudad se mostró más tarde, cuando su laberinto se franqueó al instinto sexual. Éste, sin embargo, no buscaba el cuerpo con los primeros tanteos, sino a Psyque, cuyas alas relucían

pútridas a la luz de una farola de gas o reposaban, sin haberse desplegado, cual ninfa, debajo de la pelliza. Entonces me regalaba con una mirada que no parecía captar ni la tercera parte de lo que en realidad abarcaba. Pero ya en aquella época, cuando mi madre me regañaba por mi hosquedad y mi modo de andar soñoliento, sentí la posibilidad confusa de librarme más tarde de su dominio, en unión de estas calles, en las que aparentemente no me orientaba. En todo caso, no cabe duda de que la sensación —engañosa, por desgracia— de abandonarla a ella, a su clase y a la mía, era la causa del impulso sin igual de dirigirme a una prostituta en plena calle. Podían pasar horas hasta que llegué a ponerlo en práctica. El pavor que iba sintiendo era el mismo que me hubiese producido un autómata al que una simple pregunta fuera suficiente para ponerlo en marcha. Y así eché mi voz por la hendidura. Luego me zumbaban los oídos y no era capaz de recoger las palabras que cayeron de la boca pintarrajeada. Me fui corriendo, para repetir la misma noche, y en otras muchas, el temerario intento. Y cuando me detenía, a veces al amanecer, en algún portal, los lazos asfálticos de la calle me tenían enredado sin remedio y no fueron precisamente las manos más limpias las que me liberaron.

Hallescher Tor

Las tardes de invierno, mi madre me llevaba consigo, a veces cuando iba a hacer la compra. Era un Berlín oscuro y desconocido el que, a la luz del gas, se extendía a mi alrededor. Nos quedamos en la parte del antiguo Oeste, cuyas calles eran más uniformes y modestas que aquellas que se prefirieron más tarde. Los frisos y los miradores que constituyen el adorno de estas casas de alquiler se encontraban en la oscuridad. Pero en las fachadas se veía una luz que de manera peculiar llegaba hasta las ventanas. ¿Sería debido a los visillos de muselina, a las cortinas amarillas o a la camisa de una lámpara colgada? El hecho es que esta luz revelaba poco de las habitaciones iluminadas. Existía por sí misma, colocándose seductora, aunque tímida, en las ventanas. Me atraía y me hacía reflexionar. Cuando luego volvía a casa, abría mi álbum de tarjetas postales y me buscaba el Hallescher Tor. Sobre un fondo de color azul oscuro se veía la Plaza de la Bellealliance en un azul tenue, con las casas que la enmarcan; el primer plano lo constituían las arcadas y en el cielo se veía la luna llena. La luna y las ventanas estaban, sin embargo, libres de la capa superior de la tarjeta. Se destacaban, descoloridas, del cuadro, y tenía que colocar la tarjeta contra la lámpara para sentirme tranquilizado y feliz a la vista del resplandor amarillo que de repente surgía de las nubes nocturnas y de las ventanas. ¿Era la amistad que la luna y las casas habían contraído? ¿Era la certidumbre de que nada ocurría detrás de las ventanas? No sé por qué esta tarjeta me hacía dichoso.

El costurero

Nosotros ya no conocemos el huso que picó a la Bella Durmiente haciendo que durmiera cien años. Pero, al igual que la madre de Blancanieves, la reina, estaba sentada junto a la ventana cuando nevaba, nuestra madre estaba también sentada junto a la ventana con su costurero, y no cayeron tres gotas de sangre porque llevaba dedal mientras trabajaba. En cambio, la cabeza de éste era de un pálido color rojo y le adornaban pequeñas concavidades, huellas de antiguas puntadas. Si se le ponía contra la luz, se encendía al final de la cueva oscura en la que nuestro dedo índice se orientaba tan bien. Pues nos gustaba apoderarnos de la pequeña corona que en secreto podíamos ceñir. Cuando yo la colocaba en el dedo, comprendía el tratamiento que las criadas daban a mi madre. Querían decir «señora», pero durante mucho tiempo me parecía que, trocando la palabra, decían «sastra[11]». No se hubiera podido encontrar otro tratamiento que, para mí, expresara mejor la plenitud de poderes de madre. Como todos los auténticos tronos de soberanos, también el suyo, junto al costurero, tenía su propio fuero. Y en ocasiones tuve que sufrirlo. Inmóvil y con la respiración contenida estuve allí. Mi madre acababa de descubrir que había algo que remendar de mi traje, antes de poder acompañarla a hacer una visita o ir de compras. Entonces sujetaba con la mano la manga de mi marinera, en la que ya había metido el brazo, para coser el cuello blanco y azul o para dar, con unas rápidas puntadas, los últimos toques al lazo. Yo estaba a su lado y mordía el elástico de mi gorro que sabía a agrio. En tales momentos, cuando los avíos de

costura me dominaban de la manera más dura, empezaba a sentir en mi interior la obstinación y la indignación. No sólo porque este cuidado por mi traje, que aún llevaba en el cuerpo, sometía mi paciencia a una prueba demasiado dura, sino porque, lo que se hacía conmigo no estaba en la más mínima relación con el surtido multicolor de las sedas, las finas agujas y las tijeras de diferentes tamaños que estaban delante de mí. Se me vino la duda de si esta caja servía realmente para la costura, una duda parecida a la que ahora me asalta a veces en plena calle, cuando no sé distinguir desde lejos, si estoy viendo una confitería o el escaparate de una peluquería. Y no me hubiese extrañado nada, si entre los carretes hubiera habido uno que hablase, Odradek, al que conocería casi treinta años más tarde[12]. El poeta suele llamar «cuitas del padre de familia» a las que merodean elocuentes y enigmáticas por las escaleras y los rincones. Sin embargo, será el caso del cabeza de una de estas familias dudosas en las que los papeles de los sexos están invertidos. En todo caso, ya entonces sentía al menos que los carretes de hilo y torzal me torturaban con tentaciones infames. Y es que éstas tenían su sede en el hueco donde gira el eje, cuyas rápidas vueltas devanaban el hilo en el carrete. Después, el agujero a ambos lados desaparecía debajo de la etiqueta que generalmente era negra y llevaba impreso con letras doradas el nombre de la firma y el número. Demasiado grande era la tentación como para no apretar la punta del dedo contra el centro de la etiqueta, demasiado intensa la satisfacción cuando se rompía y yo palpaba el agujero que había debajo.

Además de las regiones superiores de la caja, donde estaban colocados los carretes, unos al lado de los otros, donde relucían las libretas negras con las agujas y donde estaban las tijeras metidas cada una en su funda de cuero, había el fondo oscuro, el caos, donde predominaban los ovillos abiertos, trozos de elásticos, corchetes y corchetas y pedazos de seda. Entre tantos restos había también botones, algunos de una forma tal, que jamás se vieron en ningún vestido. Sólo más tarde encontraría algunos que se les

parecían, pero fueron las ruedas del carro de Thor, el dios del trueno, como las dibujó un insignificante maestro de escuela a mediados de siglo en algún libro de texto. Tanto tiempo debía transcurrir hasta que, a la vista de un pálido dibujo, se confirmase mi sospecha de que toda esa caja estaba predestinada a otros menesteres que no a la costura.

La madre de Blancanieves cose y la nieve va cayendo fuera. Cuanto más silencio se hace tanto más gana en prestigio la más silenciosa de las labores caseras. Cuanto más temprano oscurecía más a menudo pedíamos las tijeras. Pasábamos horas siguiendo la aguja de la cual colgaba perezoso un hilo gordo de lana. Sin decirlo, cada uno se ponía a coser y embastar platos de cartón, limpiaplumas, fundas, bordando flores de acuerdo con los dibujos. Y mientras el papel se abría a la aguja con un ligero crujido, yo caía de vez en cuando en la tentación de enamorarme del enrejado del envés, el cual se volvía cada vez más enredado, en tanto que la parte del haz iba aproximándome a la meta.

Accidentes y crímenes

La ciudad me los prometía cada mañana de nuevo y por la noche quedaba debiéndomelos. Cuando ocurrían, desaparecían tan pronto como yo llegaba al lugar de los sucesos, al igual que los dioses que sólo disponen de un instante para los mortales. Una vitrina robada, una casa de la que habían sacado un muerto, el lugar de la vía donde cayera un caballo, me plantaba allí para saciarme de la fugaz esencia que los sucesos dejaron, pero en el mismo instante se fue esfumándose, dispersada y llevada por la multitud de curiosos que acabaron de disgregarse. ¿Quién podía competir con los bomberos que, a galope, eran llevados a incendios desconocidos, quién podía mirar a través de los cristales opacos al interior de una ambulancia donde al lado de la camilla estaría sentado un acompañante? En estos coches se deslizaba por las calles la desgracia tempestuosa cuyo rastro no lograba alcanzar. Había vehículos aún más extraños que guardaban su secreto con la misma tenacidad que los carros de los gitanos. Y en esos otros también fueron las ventanas las que me parecían sospechosas. Barrotes de hierro las protegían. Y aunque la distancia de unos a otros fuera tan pequeña que, en ningún caso, nadie hubiese podido pasar por entre ellos, siempre estaba pendiente, sin mostrarlo, de los malhechores y criminales que en el interior estaban presos, como yo mismo me sugería. En aquel entonces no sabía que eran solamente coches que transportaban expedientes, aunque por eso los comprendía mejor aún como depósitos sofocantes de la desgracia. De cuando en cuando me entretenía también el Canal en

el que las aguas fluían oscuras y lentas, como si se tratasen de tú a tú con toda la tristeza del mundo. Inútilmente cada uno de los muchos puentes estaba desposado con la muerte por el aro de un salvavidas. Siempre que los pasaba los encontré vírgenes, y al fin, aprendí a contentarme con las tablas que muestran los esfuerzos para reanimar a los ahogados. No obstante, tales luchas me resultaron tan indiferentes como los guerreros del Museo de Pergamon. De esta manera la desgracia rondaba por doquier; la ciudad y yo la hubiésemos acogido dulcemente, pero no se dejaba ver por ninguna parte. Si al menos hubiese podido mirar a través de las contraventanas firmemente cerradas del Hospital de Santa Isabel. Me había dado cuenta, cuando pasaba por la calle de Lützow, que algunas ventanas estaban cerradas en pleno día. A mi pregunta, se me había dicho que en aquellas habitaciones estaban los «enfermos de gravedad». Desde entonces, siempre miraba hacia ellas. Puede que los judíos, cuando oyeran hablar del Ángel de la Muerte que con su dedo señalaba las casas de los egipcios cuyos primogénitos debían morir, se figurasen estas casas con el mismo horror que yo las ventanas que permanecían cerradas. Pero ¿en realidad el Ángel de la Muerte llevaba a cabo su cometido? ¿O tal vez las contraventanas se abrirían un buen día y el enfermo de gravedad convaleciente se asomaría por la ventana? ¿Acaso no hubiera gustado ayudar a la Muerte, al fuego o simplemente al granizo que golpeaba los cristales de mi ventana, sin romperlos jamás?

Y resulta asombroso que, cuando, por fin, se presentaron la desgracia y el crimen, la experiencia aniquiló todo lo que lleva consigo, incluso el umbral entre la Muerte y la Realidad. Por ello no recuerdo si procede de un sueño o si tan sólo se repetía con frecuencia en el mismo. En todo caso, estaba presente en el momento de tocar la «cadena». «No olvides poner la cadena», me decían, cuando se me permitía abrir la puerta. El miedo al pie que se coloca en la puerta me ha acompañado toda mi infancia. Y en medio de los temores se expande, infinito como un tormento

infernal, el horror que sentí sólo porque la cadena evidentemente no estaba puesta. En el gabinete de trabajo de mi padre hay un señor. No viste mal y no parece notar en absoluto la presencia de mi madre; habla como si no existiera. Mi presencia en el cuarto de al lado le importa menos aún. El tono con el que habla resulta tal vez cortés y en ningún caso demasiado amenazador. Más temible es el silencio cuando se calla. En la casa no hay teléfono. La vida de mi padre pende de un hilo. Tal vez no lo sabe, y al levantarse del secreter, que ni siquiera tuvo tiempo de abandonar para echar al señor que se había colado y se había instalado, éste se le adelantará, echará la llave y se quedará con ella. A mi padre se le corta la retirada, y con mi madre, el otro no tiene problemas. Lo terrible es que le haga caso omiso como si ella cooperara con él, el asesino y chantajista. Pero como esta tribulación de las más tenebrosas también pasó sin darme la solución del enigma, siempre he comprendido a aquellos que corren para acogerse al primer avisador de incendios que encuentran. Estos están en las calles como altares, ante los cuales se hacen votos a la Diosa de la Desgracia. Me imaginaba que para uno de esos valientes, más excitante que la llegada del coche de bomberos debía de ser el momento en el que, siendo el único transeúnte, oyera tocar, aún lejos, la alarma. Era como si este lugar tuviera que realizar todavía un largo trabajo antes de que pudiera parar el coche. No obstante, en estos momentos se disfrutaba de la mejor parte de la catástrofe, ya que en el supuesto de que se llegara a tiempo a una de ellas no se veía nada. Era como si la ciudad cuidara celosamente de aquellas raras llamas, nutriéndolas en las profundidades de un patio o en el entramado del tejado, envidiando a todo el mundo la vista de las aves candentes y magníficas que venía criando. Y aunque los bomberos salieran de cuando en cuando del interior, no parecían ser merecedores del espectáculo que debía de llenarles. Sólo los mirones estaban atentos a todo. Si luego se presentaba una segunda brigada de bomberos, con mangueras, escaleras y coche cisterna, parecía caer en la misma rutina, tras las primeras

maniobras apresuradas, y los refuerzos, con casco, parecían ser más los guardianes de un fuego invisible que sus enemigos. Por lo general, no llegaban más coches; al contrario, de repente se notaba que incluso los policías se habían ido uno tras otro y que el fuego estaba apagado. No había quien quisiese confirmar que había sido intencionado.

Logias

Al igual que la madre coloca a su pecho al recién nacido sin despertarlo, así trata la vida por algún tiempo los tiernos recuerdos de la infancia. Nada fortalecía más los míos que la vista de los patios, una de cuyas logias, sombreada en verano por las marquesinas, fue mi cuna, donde la ciudad puso al nuevo ciudadano. Puede que las cariátides que soportaban las logias del piso de arriba abandonaran su sitio por un instante para cantar junto a esta cuna una nana que no contenía casi nada de lo que me esperaba más tarde; en cambio incluía el vaticinio por el que el aire de los patios habría de tener siempre un efecto embriagador sobre mí. Creo que algo del elemento adicional de este aire envolvía aún los viñedos de Capri, donde tenía abrazada a la amada; y es este mismo aire en el que aparecen las imágenes y alegorías que dominan mis pensamientos, como las cariátides de las logias reinan sobre los patios del Oeste de Berlín. El compás del ferrocarril metropolitano y el sacudir de las alfombras me arrullaban. Era el cobijo donde se formaban mis sueños. Primero los informes, en los que se mezclaban tal vez el fluir de las aguas y el olor a leche; luego los largos y enredados sueños de viajes y de la lluvia, y, finalmente, sueños más concretos del próximo juego de las canicas en el Zoológico o de la excursión del domingo. La primavera hacía nacer aquí los primeros brotes delante de la fachada posterior gris, y cuando, avanzando el año, un techo de hojas cubierto de polvo rozaba mil veces al día el muro de la casa, el roce me daba unas lecciones a las que aún no era capaz de seguir. Todo el patio me

servía de aviso. Cuántos mensajes no había en el alboroto de las persianas verdes que se levantaban, y cuántas malas noticias dejaba yo discretamente sin abrir en el escándalo de las cortinas corredizas que caían estrepitosamente al anochecer.

Lo que más hondamente me afectaba era el lugar del patio donde se encontraba el árbol. Habían dejado abierta una parte del pavimento, en el que estaba hincado un ancho aro de hierro. Le atravesaban unas barras, de tal modo que formaban una reja por encima de la tierra desnuda. Me parecía que no la tenían cercada inútilmente; y a veces reflexionaba sobre lo que pasaba en aquel hoyo del que salía el tronco. Más tarde amplié mis indagaciones hasta la parada de los coches de punto. Los árboles allí habían echado sus raíces de manera parecida, si bien estaban cercados además por una estacada. Y los cocheros colgaban de las estacas sus pelerinas mientras llenaban para el caballo el abrevadero colocado en la acera con el chorro de agua que se llevaba los restos de heno y avena. Estas paradas, cuya tranquilidad se interrumpía raras veces por la llegada o salida de los coches, eran para mí provincias alejadas de mi patio.

Se podía inferir muchas cosas de las logias: el intento de entregarse al ocio del atardecer, el deseo de anticipar la vida familiar en el campo, el afán de aprovechar el domingo. Pero, a fin de cuentas, todo era en vano. La situación de estas piezas cuadradas, una encima de la otra, enseñaba mejor que nada cuántos negocios fatigosos iba transmitiendo un día al siguiente. Cuerdas para tender la ropa corrían de una pared a la otra; la palmera se veía tanto más desamparada por cuanto su patria ya no era el Continente Negro, sino el salón vecino. Así lo quería la ley del lugar, al que en otros tiempos envolvieran las ilusiones de sus habitantes. Pero antes de que cayera en el olvido, el arte había intentado transfigurarlo a veces, fuera porque una lámpara, un objeto o porque un jarrón chino se introdujera secretamente en su ambiente. Y, a pesar de que las antiguallas raras veces enaltecían el lugar, las logias fueron adquiriendo en el transcurso del tiempo un carácter arcaico. El rojo

pompeyano que a menudo recorría las paredes en forma de ancha cinta era el fondo adecuado de las horas que se estancaban en esa soledad. El tiempo envejecía en esas sombrías piezas que se abrían hacia el patio. Y por eso, la mañana ya era la mañana hacía mucho tiempo, cuando la encontraba en nuestra logia, parecía ser ella misma mucho más que en cualquier otro sitio. Lo mismo sucedía con las otras partes del día. Jamás pude esperarlas; siempre me estaban esperando a mí. Estaban allí hacía ya tiempo, pasadas de moda, por decirlo así, cuando por fin conseguía dar con ellas.

Más tarde descubrí de nuevo los patios desde el terraplén. Y cuando los miraba desde lo alto del tren, las tardes sofocantes de verano, parecía que éste se había encerrado en ellos y había abandonado el paisaje. Los geranios que se asomaban con sus rojas flores en las jardineras le correspondían menos que los colchones rojos que se habían colgado por la mañana sobre los antepechos para airearlos. En las noches que seguían a esas tardes, se nos veía reunidos a veces en la logia a mí y a mis compañeros. Nuestros asientos eran muebles de jardín de hierro que parecían trenzados o cubiertos de junco. Y sobre los libros de bolsillo caía la luz de gas que salía de un globo de llamas rojas y azules y en el cual zumbaba el mechero incandescente: un círculo de lectura. El último suspiro de Romeo vagaba por nuestro patio en busca del eco que le tenía reservado la cripta de Julieta.

Desde mi infancia las logias habían cambiado menos que otras estancias. Pero no sólo por esto me siento todavía allegado a ellas, sino por el consuelo que emana de su condición de inhabitables para quien apenas llega a establecerse fijo en alguna parte. En ellas, las moradas de los berlineses tenían sus límites. Berlín, el dios de la ciudad mismo, nace en ellas. Allí permanece fiel a sí mismo y nada efímero prevalece a su lado. Bajo sus auspicios se encuentran y se reúnen el lugar y el tiempo. Ambos se colocan aquí a sus pies. El niño, en cambio, que antaño fue partícipe, se encuentra en su logia, abrazado por ese grupo como dentro de un mausoleo que hace tiempo le está destinado.

Pfaueninsel y Glienicke

El verano me acercaba a los Hohenzollem. En Potsdam fueron el Palacio Nuevo o Sanssouci, el parque y Charlottenhof; en Babelsberg el palacio con sus jardines, que eran vecinos de nuestras residencias veraniegas. La proximidad de estas creaciones dinásticas jamás me estorbó en mis juegos, ya que me adueñaba de los lugares que estaban a la sombra de las edificaciones regias. Se pudiera haber escrito los anales de mi reinado, que duraba desde mi investidura, recibida de un día de verano, hasta la restitución de mi reino al otoño. Mi existencia se agotaba por completo en las luchas por mi territorio. El misterio que encerraba no era el que tenía que ver con un antiemperador, sino con la Tierra misma y con los espíritus que convocaba contra mí. Fue una tarde en la Isla de los Pavos Reales cuando sufrí una grave derrota en una de esas luchas. Me habían dicho que buscase en el césped plumas de pavo real. Por tratarse del lugar donde podía hallar tan fascinante trofeo, la isla me parecía más seductora que nunca. Pero, después de haber buscado en vano lo prometido por todas partes, me invadió tristeza, mas no el rencor contra los animales que se paseaban con su plumaje indemne delante de las pajareras. Los hallazgos son para los niños lo que las victorias para los adultos. Había buscado algo que me hubiera entregado y franqueado toda la isla exclusivamente para mí. Con una sola pluma hubiese tomado posesión de ella; y no sólo de la isla, sino de la tarde, del viaje en el transbordador desde Sakrow: todo ello, con la pluma, hubiese sido mío exclusiva e incontestablemente. La isla se perdió y con ella

incluso la patria: la Tierra de los Pavos Reales. Sólo entonces, antes de regresar a casa, leí en las ventanas relucientes del patio del Palacio las imágenes que el brillo del sol colocaba en las mismas: que hoy no debía penetrar en el interior. Sin embargo, lo mismo que entonces mi dolor no hubiese sido tan inconsolable si no hubiese perdido con la pluma que se me escapó una propiedad solariega, la dicha de haber aprendido en un día a montar en bicicleta no hubiese sido tan grande si con ello no hubiese conquistado nuevos territorios. Ocurrió en una de las pistas cubiertas y asfaltadas, donde, en el apogeo de la moda del ciclismo, se enseñaba este arte que ahora los niños aprenden unos de otros. La pista se encontraba en el campo cerca de Glienicke; ofrecía el mismo aspecto que los gimnasios de Zander[13]. Evidentemente pertenecía a una época en la que el deporte y el aire libre no eran todavía realidades inseparables en modo alguno. Las diferentes maneras de entrenamiento aún no se habían unificado en un adiestramiento común y corriente. Al contrario, cada una trataba celosamente de distinguirse aislándose de las demás mediante instalaciones propias e indumentaria extravagante. Era, además, característico de aquellos tiempos pioneros el que las excentricidades marcasen la pauta en el deporte, y más aún en el que se practicaba aquí. Por eso se veía, a veces, junto a bicicletas de caballeros, señoras y niños, unos artilugios cuyas ruedas delanteras eran cuatro o cinco veces más grandes que las traseras, y las sillas en todo lo alto eran como asientos de acróbatas que ensayaban su número. Las piscinas públicas disponen a menudo de secciones separadas unas de otras para nadadores y para los que no saben nadar; en este sentido había también una diferenciación que separaba a los que tenían que practicar sobre el asfalto de los que podían salirse de la pista y pedalear por el jardín. Pasó algún tiempo hasta que fui promovido a este segundo grupo. Un verano me dejaron salir. Estuve aturdido. Era un camino cubierto de grava; los guijarros rechinaban, y por primera vez, nada me protegía del sol que me cegaba. El asfalto había estado a la sombra y no tuvo el camino

marcado y fue cómodo. Aquí, en cambio, los peligros acechaban en cada curva. La bicicleta rodaba de un modo espontáneo, a pesar de que no tenía el piñón libre y el camino era llano. Tenía la sensación de que nunca jamás la había montado. Una voluntad ajena empezó a manifestarse en el volante. Cualquier bache iba a hacerme perder el equilibrio. Hace tiempo que había olvidado caer, y ahora sucedía que la fuerza de gravitación hacía valer sus derechos, a los que había renunciado durante años. Tras una pequeña subida, el camino bajaba de repente; la elevación que me hizo descender del altillo se deshizo en una nube de polvo y de guijarros. Al pasar a toda prisa, las ramas me rozaban la cara, y cuando estuve a punto de perder toda esperanza en poder parar, me sonrió la suave subida de una entrada. El corazón me palpitaba, pero con todo el empuje que me había dado la cuesta que acababa de dejar atrás, me metí, subido en la bicicleta, en la sombra de la pista. Cuando eché pie a tierra estaba seguro de que en este verano Kohlhasenbrück con su estación, el lago de Griebnitz con sus pabellones abovedados que, bajando, conducían a los embarcaderos, el palacio de Babelsberg con sus graves almenas y las cabañas ahumadas de Glienicke me habían caído en suerte con la misma facilidad que ducados y reinos caen por enlaces matrimoniales en los bienes alodiales del emperador.

La luna

La luz que fluye de la luna no va dirigida al escenario de nuestra existencia diurna. El espacio que ilumina de una manera incierta parece ser el de una antitierra o de una tierra vecina. Ya no es aquélla a la que la luna sigue como su satélite, sino la que ella misma transformó en satélite de la luna. Su ancho seno, cuyo hálito fue el tiempo, ya no se mueve; por fin, la creación ha retornado a su origen y puede cubrirse de nuevo con el velo de viuda que el día le había arrancado. Me lo dio a entender el pálido rayo que penetró por la persiana de mi cuarto. Mi sueño resultó intranquilo. La luna lo cortaba con su ir y venir. Cuando estaba en mi habitación yo quedaba desalojado, pues no parecía querer albergar a nadie sino a ella.

Lo primero sobre lo que recayó mi mirada fue en las dos jofainas de color crema del lavabo. Durante el día jamás se me ocurrió reparar en ellas. En cambio, a la luz de la luna me disgustaba la franja azul que trazaba la parte superior del lavabo. Aparentaba como un tejido que se entrelazaba en un ribete. Y, en efecto, el borde del lavabo estaba plisado como una golilla. Gruesas jarras reposaban en el centro, entre ambas jofainas, de la misma porcelana y con el mismo ornamento floral. Tintineaban cuando me levantaba de la cama, y este tintineo continuaba sobre el tablero de mármol del tocador alcanzando platillos, tarros, vasos y garrafas. Sin embargo, por muy alegre que me volviese al escuchar en el ambiente nocturno una señal de vida, aunque no fuera más que el eco de la mía, no era sino una señal poco segura que, cual falso

amigo, acechaba para engañarme en el momento que menos lo esperaba. Ocurría cuando alzaba con la mano la garrafa para llenar el vaso de agua. El glogló del agua, el ruido que hacía al dejar primero la garrafa y luego el vaso, todo llegaba a mi oído en forma de eco. Pues el pasado parecía tener ya ocupados todos los rincones de aquella tierra satélite en la que me encontraba desplazado. Así, cada sonido y cada momento venía a mi encuentro como su propia sombra. Y después de sufrirlo durante un rato, me acercaba a mi cama lleno del temor de encontrarme a mí mismo estirado en la misma.

El miedo sólo se me pasaba del todo cuando volvía a sentir el colchón con mi espalda. Luego me dormía. La luz de la luna avanzaba lentamente para salir de mi cuarto. Y a menudo, ya estaba a oscuras, cuando volvía a despertarme una segunda o una tercera vez. Era primero la manola que tenía que cobrar ánimo para asomarse por el borde de la trinchera del sueño, en la que había encontrado protección de las ensoñaciones. Y, al igual que después de un combate uno es alcanzado por una granada no estallada, la mano seguía esperando sucumbir en el camino a un sueño retrasado. Luego que la luz flameante le alentase a ella y a mí mismo, se vio que nada subsistía del mundo, sino una única y tenaz pregunta. Puede que esta pregunta estuviese en los pliegues de la cortina que colgaba delante de mi puerta para apartar los ruidos. Puede que no fuera sino un residuo de muchas noches pasadas. Y puede ser, por fin, que fuera la otra cara de lo extraño que la luna me infundía. Era la siguiente: ¿por qué había algo en el mundo, por qué existía el mundo? Con asombro me di cuenta que nada en él me podía obligar a pensar en el mundo. Su no existencia no se me hubiera ofrecido más dudosa que su existencia, que parecía guiñar a la no existencia. La luna tenía un juego fácil con este existir.

Mi infancia casi había quedado atrás cuando parecía resuelta a reivindicar el derecho sobre la tierra y su semblante diurno, que antes sólo había reclamado durante la noche. En lo alto del horizonte, grande, pero pálida, así estuvo en el cielo de un sueño

encima de las calles de Berlín. Aún era de día. Los míos me rodearon, un poco rígidos, como en una daguerrotipia. Sólo faltaba mi hermana. ¿Dónde está Dora?, oía decir a mi madre. La luna llena que había estado en el cielo, de repente había ido creciendo. Aproximándose más y más despedazó al planeta. El parapeto del balcón de hierro donde nos habíamos sentado todos, encima de la calle, se hizo pedazos y los cuerpos que lo habían poblado se desintegraron rápidamente por todas partes. Todo lo absorbió el embudo que la luna formó con su llegada. No había esperanza de que nada lo atravesara sin ser transformado. Sentí cómo reconocía «si ahora existe el dolor, no hay Dios», y recogí, al mismo tiempo, lo que quería salvar. Lo metí todo en un verso. Era mi despedida. «¡Oh, estrella y flor, espíritu y forma, amor, sufrimiento y tiempo y eternidad!». Sin embargo, ya estaba despierto, cuando traté de entregarme a estas palabras. Y sólo entonces, el espanto, con el que la luna acababa de cubrirme, parecía anidar en mí para siempre y sin esperanza. Pues a diferencia de otros, este despertar no fijó su meta al sueño, sino que me descubrió que la había fallado y que el gobierno de la luna, que había experimentado siendo niño, fracasó hasta otro evo.

El hombrecillo jorobado

Cuando era pequeño me gustaba mirar durante los paseos por aquellas rejas horizontales que permitían colocarse delante de un escaparate incluso cuando se abría el escotillón que servía para proporcionar un poco de luz y aire a los tragaluces que se encontraban en las profundidades. Los tragaluces no daban afuera, sino, antes bien, a lo subterráneo. De ahí la curiosidad por mirar por entre los barrotes de cada reja que iba pisando, para quedarme con la vista de un canario, de una lámpara o de uno de los moradores. No siempre era posible. Si de día lo intentaba en vano, podía ocurrir lo contrario por las noches, y era preso por miradas que me apuntaban. Gnomos con caperuzas las lanzaban. Pero apenas me había asustado hasta los tuétanos, cuando ya desaparecían. Para mí no había ninguna diferencia estricta entre el mundo que animaba esas ventanas durante el día y el otro que por las noches me asaltaba en mis sueños. Por eso supe enseguida a qué atenerme cuando encontré en mi *Libro para niños*, de Georg Scherer, el pasaje que decía:

> Cuando a mi bodega quiero bajar
> y un poco de mi vino sacar,
> un enano gibado voy hallando
> que la jarra me está quitando.

Conocía a esa pandilla que se empeñaba en hacer daño y travesuras; no tenía nada de extraño que se sintiera en el sótano

como en su casa. Eran «gentuza». Pensándolo, recordaba enseguida los dos compinches del cuento que al anochecer topan con el gallo y la gallina; me refiero al alfiler y a la aguja de coser, que gritan que «pronto estaría oscuro como boca de lobo[14]». Lo que hicieron luego con el posadero que los acogió les parecería una broma tan sólo. A mí me producía horror. El jorobado era de la misma casta. Sólo ahora sé cuál era su nombre. Mi madre me lo reveló sin saberlo. «El Torpe» te envía saludos, decía cuando había roto algo o me había caído. Y ahora comprendo de qué hablaba. Hablaba del hombrecillo jorobado que me había mirado. A quien este hombrecillo mira, no pone atención, ni en sí mismo ni tampoco en el hombrecillo. Se encuentra sobresaltado ante un montón de pedazos:

Cuando a la cocina quiero ir
y mi sopita hacer hervir,
un enano gibado voy hallando
que mi marmita está cascando.

Llevaba las de perder, donde apareciera. Las cosas se sustraían, hasta que, pasando el tiempo, el jardín se hubiera convertido en jardincillo, mi cuarto en un cuartito y el banco en un banquillo. Se encogían y parecía que les crecía una joroba que las incorporaba por largo tiempo al mundo del hombrecillo. El hombrecillo se me adelantaba a todas partes. Atento, me atajaba el paso. Por lo demás, no me hacía nada, este genio protector gris, sino recaudar de cualquier cosa que tocaba el tributo del olvido:

Cuando a mi cuartito quiero ir,
y mi papillita quiero moflir,
un enano gibado voy hallando
que el plato está limpiando.

Así encontré al hombrecillo muchas veces. Sin embargo, jamás lo vi. En cambio él me veía, y tanto más claro cuanto menos veía yo de mí mismo. Pienso que eso de «toda la vida» que dicen pasa ante los ojos del moribundo se compone de las imágenes que el hombrecillo tiene de todos nosotros. Pasan corriendo como esas hojas de los libritos de encuadernación prieta que fueron los precursores de nuestros cinematógrafos. Con una ligera presión, el pulgar pasaba por el canto; entonces aparecían por segundos unas imágenes que apenas se diferenciaban las unas de las otras. En su fugaz decurso se podía reconocer al boxeador en su faena y al nadador luchando con las olas. El hombrecillo tiene también imágenes de mí. Me vio en el escondrijo, delante de la piscina de la nutria, en la mañana de invierno, en el teléfono del pasillo, en el Brauhausberg con las mariposas, en el patinadero, con las charangas, delante del costurero, inclinado sobre mi cajón, en el Blumeshof y cuando estaba enfermo en la cama, en Glienicke y en la estación del ferrocarril. Ha terminado su labor. Sin embargo, su voz, que recuerda el zumbar de la mecha del gas, me sigue murmurando más allá del fin del siglo las palabras: «Hijo mío, te lo ruego, reza también por el hombrecillo».

Epílogo

Walter Benjamin nació en Berlín y vivió allí hasta su emigración, largos viajes y prolongados períodos de ausencia en París, en Capri, en las islas Baleares no hicieron que la ciudad le perdiera. Nadie mejor que él conocía a fondo sus barrios; los nombres de sus lugares y calles le eran tan familiares como los del Génesis. Hijo de una antigua familia judía de Berlín —y de un anticuario—, aún la falta de tradición de la capital de la Alemania moderna le parecía desde siempre abonada por tradición: lo más reciente como parangón de lo más antiguo.

Infancia en Berlín *fue escrita a principios de los años treinta. Pertenece al ámbito de aquella protohistoria de «lo moderno», a la que Benjamin se dedicó afanosamente durante los últimos quince años de su vida, y constituye el contrapeso de los ingentes materiales que reunía para la obra proyectada sobre los Pasajes de París. Los arquetipos históricos que quiso desarrollar en la misma, desde su origen pragmático social y filosófico, destellarían en el libro sobre Berlín, ante lo espontáneo del recuerdo, con la fuerza del dolor por lo irrecuperable que, una vez perdido, cuaja en la alegoría del propio ocaso*.

Pues las imágenes que trae a una extraña proximidad no son ni idílicas ni contemplativas. Sobre ellas se proyecta la sombra del Reich de Hitler. Como en sueños enlazan el horror del mismo con el pasado. Con pánico terror, el ingenio burgués se descubre a sí mismo —como ilusión— en el «aura» de su propio pasado biográfico, que se desmorona. Es significativo que Benjamin no

llegara a ver publicado el libro en su conjunto, que por los apuros económicos sufridos durante los primeros años de la emigración tuviera que ceder muchos de los capítulos a periódicos, principalmente al Frankfurter Zeitung *y al* Vossische Zeitung, *para que fueran publicados por separado y, a menudo, bajo seudónimo*.

No llegó a fijar el orden; éste varía según los diferentes manuscritos. No obstante, «El hombrecillo jorobado» debe estar al final. Si la figura de éste recoge lo que se perdió para siempre, la del narrador se parece a Rumpelstifchen[15]*, que sólo puede vivir mientras nadie sepa cómo se llama y es él mismo quien nos revela su nombre. El ambiente de los escenarios que empieza a tomar vida en el relato de Benjamin es mortífero. Sobre ellos cae la mirada del condenado, y como condenados los percibe. Las ruinas de Berlín responden a las inervaciones que influyen sobre la ciudad hacia 1900.*

Sin embargo, el ambiente mortífero es el del cuento, lo mismo que Rumpelstilzchen, que se ríe a socapa, pertenece al cuento y no al mito. Incluso en las miniaturas delicadas y siniestras, Benjamin seguía siendo el custodio de la Filosofía, el príncipe de los duendes. Como un consuelo, el estallido de la desesperación descubre el país de las hadas, del cual se habla en una poesía apócrifa y atribuida a Hölderlin. Suena como el escrito de Benjamin, y él le tomó cariño:

Con rosas envuelven
la vida de los mortales
las hadas generosas;
se mueven y obran
en miles de formas,
ya feas, ya bellas.
Allí donde mandan
todo es risa, con flores
y verdor de esmaltes.
Su aula de topacios
soberbios adornos

tiene de vasos de diamantes.
Los aromas de Ceilán
perfuman, eternos,
los aires de los jardines.
Las sendas, no de arena
sino de perlas, están cubiertas,
como suelen en estas tierras.
Desde Salomón, no llegó
al fantástico reino
ningún aeronauta.
Esto, en confianza, según figuras
en tumbas de momias,
me dijo un silfo.

Las fotografías fabulosas de la infancia de Berlín no son sólo las ruinas de la vida ya pasada, vista desde una perspectiva a vuelo de pájaro, sino también las instantáneas tomadas desde lo alto del reino fantástico por el aeronauta que induce a sus modelos a que tengan la amabilidad de estarse quietos.



WALTER BENJAMIN (Berlín, 15 de julio de 1892 – Portbou, 27 de septiembre de 1940) fue un filósofo, crítico literario, crítico social, traductor, locutor de radio y ensayista alemán. Su pensamiento recoge elementos del Idealismo alemán o el Romanticismo, del materialismo histórico y del misticismo judío que le permitirán hacer contribuciones perdurables e influyentes en la teoría estética y el Marxismo occidental. Su pensamiento se asocia con la Escuela de Frankfurt.

Con la llegada del nazismo a Alemania y la posterior persecución de judíos y marxistas, abandonó Berlín para siempre y se trasladó a Ibiza, Niza, y finalmente a París.

Walter Benjamin murió el 26 o 27 de septiembre de 1940 en Portbou, (España), tras ingerir una dosis letal de morfina en un hotel de la localidad fronteriza pirenaica, después de que el grupo de

refugiados judíos que integraba fuera interceptado por la policía española cuando intentaba salir de Francia.

Notas

[1] Distrito de Berlín. *(N. del T.)* **<<**

[2] Juego de palabras entre el nombre de la estación y *anbalten* (parar[se]). — *Halt* (parada). *(N. del T.)* **<<**

[3] Peter Schlemihl, protagonista de la narración *La maravillosa historia de Peter Schlemihl*, de Adalbert O. Chamisso, que vende su sombra por dinero, causando por ello el horror y el desprecio entre los hombres. *(N. del T.)* **<<**

[4] Biedermeier: época del romanticismo burgués (1815-1848). (N. del T.) **<<**

[5] En el original, el apellido de la profesora es Pufahl Por razones obvias, hubo que cambiarlo por el de Prudem, cuyas letras proporcionan el suficiente número de sinónimos aliterados que pide el contexto. (N. *del T.)* **<<**

[6] En el texto original el juego de equívocos se produce por la equiparación de la palabra Kupferstich (grabado) con Kopfverstich, que no tiene ningún significado real, a no ser, en todo caso, el de «sacar la cabeza». *(N. del T.)* **<<**

[7] Lago legendario de la Selva Negra. *(N. del T.)* **<<**

[8] El más peligroso de los demonios de la mitología nórdica. *(N. del T.)* **<<**

[9] Lago de Tiergarten. *(N. del T.)* **<<**

[10] Alude al cuento recogido por los hermanos Grimm, cuyo título en español es «La hija de la Virgen»; véase *Cuentos completos de los Hermanos Grimm* Traducción directa del alemán por Francisco Payaroles. Revisión y prólogo por Eduardo Valentí. Barcelona, Editorial Labor, 1957, págs. 7-11. *(N. del T.)* **<<**

[11] El juego de palabras en el texto original consiste en que «gnadige Frau» (señora), con la pronunciación descuidada del habla cotidiana, se convierte en «na Frau». que, a su vez, es fonéticamente idéntico a «Nahfrau» (costurera, sastra). *(N. del T.)* **<<**

[12] «El más extraño bastardo que la prehistoria haya engendrado en Kafka mediante la culpa es Odradek», escribe W. Benjamin en *Angelus Novus* [Barcelona], Edhasa, 1971, página 117. El autor se refiere al relato de Kafka. Las preocupaciones de un padre de familia de la colección Un Médico Rural, donde se lee «A primera vista [Odradek] parece un carrete de hilo, chato, con forma de estrella; y es que, en realidad, parece estar cubierto de hilos; claro que se trata solamente de hilos entremezclados, viejos, anudados unos con otros, pero hay también, entremezclados y anudados, hilos de otros tipos y colores. Pero no es simplemente un carrete, sino que del centro de la estrella emerge perpendicular un pequeño palito, y a éste se le agrega otro de ángulo recto. Con este último palito por un lado, y uno de los rayos de la estrella por el otro, el todo puede estarse derecho, como sobre dos patas. (…). [Odradek] se aloja, según los casos, en desvanes, escaleras, corredores, vestíbulos». Para Benjamin, «es la forma que las cosas asumen en el olvido. Se deforman, se vuelven irreconocibles. Tal es “la preocupación del padre”, de quien nadie sabe qué es». *(N. del T.)* **<<**

[13] Institutos de gimnasia terapéutica en los que se aplicaban los métodos del médico sueco Gustaf Zander. *(N. del T.)* **<<**

[14] Lumpengesindel es el título del cuento que en la traducción española se llama *Gentuza*. Sus protagonistas son el gallo y la gallina, así como el alfiler y la aguja de coser. Véase *Cuentos completos*, edición citada, *pigs*. 45-47. **<<**

[15] Rumpelstilzchen es el protagonista del cuento al que da título. En español se llama «La hija del molinero». Véase *Cuentos completos*, edición citada, págs. 575-577. *(N. del T.)* **<<**